

TRAGICO BOTIN

Keith Luger



La belleza de aquella mujer le
habia conducido a la muerte

TRAGICO BOTIN

KEITH LUGER

TRAGICO BOTIN

1.^a EDICIÓN
DICIEMBRE. - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLI-
CADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

385. — El valle de las víboras, 413. — Un
hombre llamado Muerte.

En Colección BUFALO:

94. — El heredero. 97. — Una herencia difícil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

150. — Mau-Mau. 167. — El pingüino ase-
sino. 209. — El sindicato del crimen. 215.
— El gas terror. 231. — La ciudad perversa.
248. — Trabajo peligroso.

En Colección PANTERA:

14. — La tierra de los espíritus. 25. — La es-
pada llameante. 29. — La ley de los fuertes.
42. — La muerte oculta.

En Colección CONGO:

2. — Reguero de sangre.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO I

Martin Audax, moreno, de ojos negros, sesenta y cinco kilogramos de músculos y huesos embutidos en un traje tropical color setas a la napolitana, pasó el brazo por la cintura de la prodigiosa rubia que estaba de pie, y murmuró mientras la atraía hacia sí:

—Eres maravillosa, Eunice...

La mujer hizo un mohín y entorpeció el impulsivo movimiento de Audax colocándole una mano en el pecho.

—¡Pero yo no soy Eunice, Martin...!

Audax no pestañeó.

—Ya lo sé, querida. Pero es mi nombre favorito.

Estaba a punto de besarla cuando la puerta del apartamento se abrió con estrépito dando paso a Tom Ranglán, alto como un álamo, poderoso como un tanque, simple como un niño.

—¡Eh, Martin!... ¡No la toques! —exclamó adelantándose hacia la pareja.

Audax lanzó un gruñido y preguntó:

—¿Qué tiene? ¿La escarlatina?

La rubia se puso lívida y miró de hito en hito con ojos fulgurantes a los dos hombres.

—¿Es que no tiene educación, señor Ranglán? —inquirió con cierto retintín.

Tom se detuvo y carraspeó sin contestar.

—No pudo adquirir ninguna —dijo por él Martin—. En su casa fueron catorce hermanos. ¿Qué pasa, Tom?

—¿No será mejor que te lo diga a solas?

Ella, dándose por aludida, cogió el bolso que había sobre una mesita en el centro de la habitación y se dirigió a la puerta con aire ofendido.

—Espérame en el bar, ricura —le dijo Audax con su mejor sonrisa, cuando ella se volvió en el umbral.

La joven miró despreciativamente a Ranglán y repuso:

—De acuerdo, Martin, pero quítate antes las pulgas de encima.

Luego se fue.

Martin sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a su amigo. Ambos encendieron.

—¿Y bien, Tom?

—He visto en el «hall» al señor Koster.

Audax sintió repentinamente un ataque de tos y su amigo, solícito, le pegó tan gran palmada en la espalda que estuvo a punto de derrumbarlo.

—¿Koster en El Cairo? —preguntó dubitativo cuando se recuperó—. ¿Estás seguro, Tom?

—No ha cambiado mucho en los seis meses que han transcurrido desde que lo vimos por última vez en tu oficina de Nueva York. Solo en su aspecto. Ahora parece una fiera a punto de lanzarse sobre un rebaño de antílopes.

—No me gusta. Los antílopes somos nosotros.

—Estupendo. ¿Empezamos a correr ya?

En aquel instante zumbó el timbre de la puerta y los dos amigos se quedaron mirándola como si les acabasen de decir que alguien se iba a filtrar a través de ella.

—Demasiado tarde —comentó Martin encogiéndose de hombros—. Intentaré dominarlo.

Cuando abrió, colóse en el apartamento como un meteoro un hombre de unos cincuenta años, obeso, de gran papada. Sudaba por sus cuatro puntos cardinales. Al detenerse en el centro de la estancia, lanzó el primer rugido clavando sus perforadores ojos en Audax.

El joven esbozó una sonrisa, exclamando:

—¡Caramba, señor Koster!... ¡Esto es lo que se dice una gran sorpresa!

—¿De veras, Audax? ¿Qué esperaba? ¿A una de sus pelirrojas?

—Eso era en América. Cambié de color en El Cairo. Pero dejemos eso. ¿Qué es lo que le trae por aquí?

Koster sacó un periódico del bolsillo y, después de hacerlo chasquear en la palma de la mano, lo abrió exhibiendo la primera

página a Martin, quien farfulló:

—¡Canastos, sí es el «Star» de Nueva York...!

—¿Sabe leer también, Audax? —inquirió sarcástico el recién llegado—. ¡Pues eche una ojeada a los titulares...!

Martin leyó en voz alta:

«La Mac Millan Petroleum Company consigue el arriendo de los terrenos costeros del Mar Rojo en litigio».

Hubo un silencio. Koster dobló rápidamente el diario y lo volvió a guardar.

—¿Qué dice a eso? —rugió por segunda vez.

—Un caso de mala suerte.

—¡Y un cuerno! Usted estaba en las mismas condiciones que Rafferty para lograr el triunfo...

—¡No es cierto! ¿Sabe el número de «Cadillacs» que Rafferty ha regalado al Emir y su camarilla en el curso del último mes?... ¡Catorce, señor Koster! —Audax paseó por la habitación mientras las palabras se desbordaban por su boca con la impetuosidad de un torrente—. Cuando nos entrevistamos en Nueva York le pedí carta blanca en cuanto a los gastos. ¿Es que no valía la pena invertir unos cuantos centenares de miles para conseguir lo que querían?... ¡Pero no! ¡Ustedes me escatimaron hasta el último centavo...!

—¡Nos dirigimos a usted porque era el gran Martin Audax! ¡Vendedor de ideas! ¡Pensamos que tendría una para lograr ese contrato!... ¡Nos ha defraudado!... ¡Su cerebro debe de estar apollado...!

—¡Pamplinas, Koster! ¡Y usted lo sabe! ¿Qué vale una idea sugestiva contra una maleta llena de billetes de a mil? Le advertí que en este negocio llevaría el gato al agua el que más «pavos» ofreciese. ¡Yo me he visto obligado a abandonar la partida porque parecía representar a un Asilo de Ancianos Depauperados en lugar de a la Douglas Standard Limited!

El rostro de Koster había adquirido un fuerte matiz violáceo. Quería decir algo, pero no podía. Finalmente, tras un esfuerzo, exclamó:

—¡Bien, señor Audax!... ¡Aquí termina su trabajo...!

—Tendrá que abonarme los cinco mil del último plazo. Me encuentro sin blanca.

Koster permaneció otro rato en silencio.

—¿Sabe una cosa, Audax?

—¿De qué se trata?

—Tendrá necesidad de una sentencia para lograr esos cinco mil.

—No le comprendo...

—Quiero decir que le obligaremos a litigar contra nosotros. Desde este instante me niego a abonarle el último plazo de sus honorarios...

Martin se mordió el labio inferior, observando el sonriente rostro de su interlocutor.

Ranglán avanzó con rapidez y cogió al financiero por el cuello de la camisa, conminando:

—¡Va a soltar esos cinco mil o le machaco los huesos, Koster...!

—¡Socorro! —gritó la presunta víctima.

—¡Déjalo, Tom! —intervino Martin.

Tom miró a su compañero con ojos sorprendidos.

—¿Es que no has oído? ¡No quiere pagarnos lo que de sobra nos hemos ganado! Recuerda que se habló que cobraríamos tanto si triunfabas como si fracasabas.

—Será mejor que lo dejes.

Ranglán se mantuvo todavía indeciso unos instantes, pero al fin liberó a Koster de sus garras.

—¡Márchese! —ordenó Martin.

El financiero corrió hacia la puerta y desapareció sin volver la cabeza.

Cuando los dos amigos quedaron solos, Ranglán se lamentó:

—Es lo que no entiendo, Martin. ¡Le podía haber obligado a que ordeñase la cartera...!

—¿Y no te imaginas lo que hubiera ocurrido? Habría lanzado contra nosotros a los veinte abogados de su Compañía. No se firmó nada entre ellos y yo. Fue un acuerdo verbal porque no se podía hacer de otra forma. Ellos no querían comprometerse... El alto mundo de los negocios es así.

—Pero no tienes la culpa de que Rafferty haya ganado. Es como tú has dicho. Con las mismas armas, hubieras sido el triunfador...

—Gracias por tu fe, Tom —sonrió Martin.

Hubo una pausa. De súbito Ranglán se palmeó la frente.

—¡Martin! ¡Estamos en un apuro...!

—¿Eh?...

—¿Cuánto dinero nos queda?

—Puede que veinte dólares y unas cuantas rupias.

—¡No hay ni para un pasaje a Nueva York!

—No, nos queda ni siquiera para cancelar la cuenta del hotel...

—¡No! —gimió Tom, dejándose caer en un sillón.

—Bueno; no te preocupes mucho, compañero. Nos hemos visto

en otras peores. Saldremos adelante...

—¿De qué forma?

—Ya lo pensaré.

—El otro día leí algo sobre las cárceles egipcias, Martin. No me gustó.

—Olvida eso. Vámonos a qué nos afeiten. Los dos lo necesitamos. Quizá se me ocurra algo entretanto.

Un trueno hizo estremecer las paredes de la habitación.

—¿Cuándo va a acabar de llover en este condenado país? —rezongó Tom, observando el agua que azotaba los cristales de la ventana.

—Quizá para dentro de tres o cuatro semanas. Está terminando la estación de las grandes lluvias...

—¡Acabaremos reumáticos! —repuso Ranglán cogiendo un paraguas que había a la entrada del apartamento.

Salieron del hotel y echaron a andar por la acera, cobijándose bajo el paraguas.

Poco antes de llegar a la peluquería de la que eran clientes desde su llegada a la capital egipcia, Tom, que marchaba junto a la pared, tropezó con un hombre que salía de una casa.

—Podía fijarse donde pone el pie —protestó Ranglán con voz malhumorada.

—¡Usted es el torpe! —contestó el otro en idéntico tono.

Martin frunció el ceño, escrutando el rostro del individuo y terminó por exclamar:

—¡Por las Pirámides y la Esfinge, si es Jonah Jones!

Jones, de uno sesenta de talla, cabello castaño y ojos claros, miró a Audax y sonrió, abriendo una boca de oreja a oreja.

—¡El gran Martin!... ¡No lo puedo creer, muchacho...!

—Soy yo en persona —aseveró Audax estrechando la mano que le tendían. Luego señaló a Tom—. Este es Ranglán, Tom Ranglán, mi inseparable desde que decidí meterme en la vida de los demás.

Jones saludó a Tom y dijo riendo:

—Me enteré por algunos amigos. Martin Audax, Vendedor de Ideas. Sabía que tenías inventiva desde que se te ocurrió aquel truco para rendir un batallón de bofes en las Ardenas; pero que me maten si hubiera acertado tu nueva profesión... ¡Supera todo lo imaginable!... ¿Cómo te va con eso?

—No me puedo quejar —mintió Martin—. Ya sabes. A la gente le gusta que alguien piense por ella. ¿Cómo te ha ido a ti? Por Harry Carpentier supe que estabas en Sudáfrica ocupado en plantar cacahuetes...

—¡Bah, no era negocio para mí! Me cansé hace unos meses y lo mandé todo al diablo. Liquidé la plantación con el propósito de invertir el dinero en valores seguros...

—Buena vida, ¿eh? Eso es magnífico mientras no te cases...

—No soy fácil de pescar, ya lo sabes.

De pronto Jones levantó la mirada y Martin notó que palidecía.

—Bien, amigos —dijo Jonah humedeciéndose los labios con la lengua—. ¿A dónde vais?

Audax miró a la otra parte de la calle. Vio a varios europeos e indígenas que iban en una u otra dirección y no pudo encontrar la causa del momentáneo desasosiego de su amigo.

—A la peluquería —contestó, volviendo los ojos a Jones.

—Creo que iré con vosotros.

—¿Desde cuándo te afeitas?

Jonah se pasó una mano por la barba y contestó con jovialidad:

—Continúo siendo barbilampiño, pero necesito un corte de pelo.

Reanudaron el camino colocándose Jones con su paraguas al lado de Martin.

Llegaron a la peluquería y Jonah se sentó en el único sillón vacante, tras advertir a sus dos acompañantes que había recordado tenía una cita para media hora más tarde. Mientras le cortaban el pelo se desocuparon dos sillones, en donde se sentaron Martin y Tom.

Cuando acabó el peluquero que atendía a Jonah, este se acercó a Martin para despedirse.

—Bien, viejo, dime dónde paras e iré a verte un día de estos...

—Hotel Horizonte —contestó Audax—. Pero habrás de darte prisa porque en cuanto ultimemos unos detalles, volveremos a Nueva York...

—Descuida, será pronto. Buena suerte, muchacho. Adiós, Ranglán.

Jonah se marchó, después de pasar por el paraguero.

Aún no habían transcurrido treinta segundos desde su salida cuando se oyó en la calle un tableteo.

Martin se irguió de un salto en el sillón arriesgándose a que la navaja barbera le rebanase la nuez.

—¿Lo has oído, Tom?

Ranglán dijo algo ininteligible bajo el humeante paño que le cubría la cara.

Los empleados del establecimiento continuaban su trabajo como si nada hubiera ocurrido. Solo el que atendía a Martin se había detenido y no por su gusto.

—No debe asustarse, señor —dijo en inglés—. Últimamente ocurren casos como esos en nuestro país. No pasa nada si uno cierra los ojos y calla la boca...

Martin recordó el gesto de Jonah en la calle y se quitó de un tirón el paño blanco, brincando del sillón.

—¡Ahora vuelvo! —exclamó y salió corriendo del establecimiento.

Ya en la acera miró en la dirección de donde habían venido los disparos, vio un grupo de personas a unas quince yardas y aproximóse rápidamente.

Al abrirse paso entre los espectadores se dio cuenta de que su corazón no le había engañado.

Jonah Jones se hallaba tendido en el suelo, hacia arriba, cayéndole la lluvia en el rostro. Sus ojos estaban abiertos, pero parecían de vidrio porque había muerto. Mostraba dos heridas en el pecho, de las que manaba sangre que el agua diluía.

Martin masculló una maldición por lo bajo. ¿Por qué el Destino le hacía una jugarreta de aquella clase? Hacía casi diez años que él y Jonah se habían separado al ser licenciados del Ejército, y ahora se encontraban en un remoto país, minutos antes de que uno de ellos cayese para no levantarse más.

Un niño tocado con un Fez empezó a gritar; pero Audax no lo entendió porque hablaba en árabe. Preguntó al hombre que tenía al lado:

—¿Qué dice el chiquillo?

—Asegura que lo ha visto todo —le contestó el desconocido informante—. Un coche negro llegó por la calle y le dispararon por las ventanillas. Este hombre cayó y entonces el coche se detuvo y bajó uno de los asesinos...

—¿Bajó? —inquirió Martin al hacer el otro una pausa—. ¿Para qué?

—Para coger el paraguas de la víctima. Enseguida volvió al coche y este arrancó a toda velocidad.

—¿Quiere preguntarle al niño si se fijó en la matrícula del coche?

El intérprete hizo la pregunta, pero el pequeño egipcio meneó la cabeza en sentido negativo.

Martin se agachó ante el cadáver de su amigo con intención de registrarlo; pero en ese momento apareció un policía indígena y se hizo cargo de la situación.

Audax se levantó al preguntársele en inglés:

—¿Qué iba a hacer?

—Solo comprobar si el corazón había dejado de latir. Está muerto.

—¿Lo conoce?

Martin pensó en la cara que pondría el policía si le decía la verdad. Naturalmente, le acarrearían dificultades. Decidió permanecer al margen por el momento y seguir el consejo del barbero.

—No —contestó con firmeza—. Cuando llegué había pasado todo.

—Bueno, pues si no ha visto nada, será mejor que continúe su camino...

Volvió a la peluquería. Ranglán, que ya había terminado de servirse y se hallaba sentado en una silla, se levantó de un salto.

—No quisieron dejarme marchar —declaró, señalando al dependiente que lo había afeitado—. Tú tienes el dinero.

Martin pagó lo que debían.

—Solo te han dado una pasada —le advirtió Tom.

—Es igual, vámonos. Tenemos que hacer.

Abandonaron el local y pusieron proa al hotel.

—¿Qué ha pasado, Martin?

—Han matado a Jones.

—¡No!

—¡Maldita sea! Es lo que me digo yo. Que no puede ser. Y, sin embargo, ha sido. Jonah Jones. Era bueno como el pan. No te lo he contado. Una vez me salvó de una muerte segura... ¡Y por todos los infiernos! yo no he hecho nada por corresponderle, ahora que le había llegado su hora.

—¿Acaso has podido?

—Me di cuenta de que era vigilado por alguien. Pero no le concedí importancia. Él tampoco me dijo nada.

—Quizá pensase comunicártelo en esa visita que nos iba a hacer...

—Es posible, pero se acabó su oportunidad.

—Ya oíste al barbero. Por aquí esas cosas han dejado de interesar.

—Se refería a asuntos políticos. La muerte de Jones no tiene nada que ver con la política. Llevaba muy poco tiempo en Egipto.

—Pudo relacionarse con algún grupo revolucionario.

—¿Qué dijo Jonah? Que le interesaban los valores seguros. Era su carácter. Le gustaba la tranquilidad. Por eso abandonó el riesgo de la plantación de Sudáfrica...

—¿Cuál es tu hipótesis, entonces?

Martin tardó un minuto en contestar.

—Que lo han seguido hasta El Cairo. Estaba huyendo de alguien y se refugió aquí. Descubrió a su perseguidor cuando se hallaba con nosotros. Por eso se vino a la peluquería, con la excusa de que necesitaba un repaso. Quería tener tiempo para pensar. Cuando lo hizo, se disculpó alegando el recuerdo de la cita...

—¡Canastos! Parece tan claro que casi se te puede dar la razón.

Habían llegado al hotel. Tom cerró el paraguas y siguió a su amigo al ascensor. Subieron al apartamento y Martin abrió la puerta preguntando:

—¿Queda *whisky*? Necesito un buen trago.

—Creo que sí —contestó Ranglán, cerrando la puerta a sus espaldas y disponiéndose a dejar el paraguas. De pronto se lo quedó mirando y exclamó—: ¡Condenado idiota...!

—¿Te refieres a Koster o al barbero? —inquirió Martin, destapando la botella.

—Esta vez he sido yo el idiota. Me equivoqué de paraguas. Voy a cambiarlo.

Martin, que estaba bebiendo al gollete, dio un bufido apartando la botella de sus labios.

—¡Espera, Tom!

Su amigo volvió la cabeza cuando ya tenía la mano sobre el picaporte.

—¿Qué es?

—¡Ese paraguas! ¿Estás seguro de que te has equivocado? Había otros clientes en la peluquería, pero a excepción de Jones y nosotros dos, todos eran egipcios. Ellos no tienen costumbre de llevar esos chismes, al menos en esta época.

Tom se pellizcó el lóbulo de la oreja en actitud pensativa.

—Ahora que recuerdo ¡Que me despellejen si no era este el único paraguas que había en el sitio donde lo cogí...!

—¡Tráelo acá! —apremió Martin, dejando el *whisky* en la mesa y avanzando hacia su compañero.

—¿Qué es lo que imaginas?

—Me faltó decirte que a Jones le quitaron el que llevaba cuando lo mataron.

Ranglán emitió un largo silbido.

Martin cogió el paraguas y examinó atentamente su empuñadura. Luego intentó hacerla girar de derecha a izquierda, pero no consiguió moverla. Probó la otra dirección y soltó una exclamación triunfal al comprobar que cedía.

Separó el puño hueco y sacó un papel de su interior.

CAPÍTULO II

—¿Qué es eso? —preguntó Tom con avidez.

Audax desdobló el papel. Era un mapa de la región meridional del Sudán. Al noroeste de la comarca de Bahr el Ghazal, antes de llegar a la confluencia del Nilo Blanco con el Sobat, había una localidad subrayada con lápiz rojo. Se llamaba Kodok. En la parte inferior del mapa aparecía una anotación, «Seis millas al Norte de Kodok. Monte. Ladera oriental. Tercera piedra blanca».

—¿Qué quiere decir? —inquirió de nuevo Ranglán, que observaba el plano por encima del hombro de su amigo.

—Estoy tan a oscuras como tú. Pero puede ser una mina.

—¿De diamantes?

—No, en el Sudán solo hay sal y oro.

—¡Oro! ¡Eso es!

—Jones dijo que solo hacía unos meses que había dejado su aventura del cacahuete. ¿Ha podido tener tiempo de dirigirse a ese rincón apartado de África y descubrir oro?

—Quizá fuese sobre seguro. Hasta es posible que alguien le vendiese el mapa.

—Es mejor que lo comprobemos por nosotros mismos.

—¿Quieres decir que vamos a ir a ese sitio?

—Él lo quiso así. Jones no se equivocó de paraguas. Dio el cambiazio porque lo seguían. Temía que lo matasen y por si acaso se libraba de sus perseguidores dijo lo de la visita. Solo hubiera tenido que recuperar su paraguas explicándonos que había cogido uno por otro...

Ranglán hizo chasquear los dedos.

—¿Te das cuenta, Martin? Los asesinos sabrán a estas horas que no han conseguido lo que buscaban... ¡y que nosotros lo tenemos...!

—Exacto. Nos vieron hablando con Jones y penetrar en la peluquería. Tampoco les habrá pasado por alto que tú llevabas un paraguas.

—¡Está tan claro como el agua! Ahora seremos nosotros los perseguidos.

Audax asintió mientras guardaba el mapa en el bolsillo interior de la chaqueta. Luego sacó una pistola de cachas de marfil y dijo:

—Observa el estado de la tuya, Tom. A partir de ahora vamos a ir de fiesta...

Ranglán exhibió otra arma, idéntica a la de su amigo. Ambos comprobaron que funcionaban perfectamente y las guardaron.

—Solo nos falta una cosa para ir a Kodok —advirtió Audax.

—¿Qué es?

—Dinero.

—¡Demonios, Martin! Se me había olvidado. ¿Y cómo lo vamos a conseguir?

—El caso es que hemos de tenerlo cuanto antes. No podemos permanecer mucho tiempo en El Cairo. Esos criminales se saldrían con la suya.

Tom se acostó y se quedó dormido. Cuando despertó vio a Martin dispuesto para salir y se apresuró a correr tras él.

Bajaron al bar del hotel y se sentaron en los altos taburetes. Martin pidió dos whiskies y bebieron en silencio.

De pronto llegó un hombre corriendo y preguntó al «barman»:

—¿Ha pedido algo la señorita Cukor?

—Que le subiesen un «Martini» con una guinda. Pero eso fue hace mucho rato. Luego salió a la calle.

—¿Y el galán?

—Nada por ahora.

El otro se marchó caminando tan a prisa como había llegado.

El «barman» miró a Martin y comentó:

—Estos artistas de cine vuelven locos a los periodistas...

—¿Artistas de cine?

—¿No ha leído la Prensa de hoy? Una de ellas es Margo Cukor...

Ranglán lanzó una interjección.

—¡Margo Cukor! ¿Lo has oído, Martin? ¡Es aquella fulana que salía en «El beso tenebroso»...!

Martin pidió al «barman» un periódico inglés. En la primera página se daba la noticia. Aquella mañana habían llegado a El Cairo los equipos técnicos y artísticos que debían realizar el film producido por una importante firma de Hollywood, «Noches Africanas» cuyo director, hacía unos días, estaba localizando escenarios naturales. Inmediatamente tras un día de descanso, saldrían en dirección a Jartum desde donde continuarían hacia el Sur para rodar las numerosas secuencias que se desarrollarían en aquella parte del Sudán. Junto al texto había una fotografía en la que aparecían los viajeros, destacando con luz propia la bellísima Margo Cukor.

Pero lo que más interesó a Martin fue lo que leyó un poco más abajo de la fotografía. En un recuadro se decía:

«Necesitamos intérprete que hable correctamente inglés y conozca dialectos del Sur del Sudán, nuer, shalluk y dinka. Igualmente se requiere un hombre blanco con las siguientes características: uno setenta talla, sesenta y cinco a sesenta y siete kilogramos peso sin ninguna deformidad. Dirigirse en cualquiera de los casos, solo hoy, al Hotel Londres, apartamento 39».

Audax dejó el periódico, pagó la consumición y saltó del taburete palmeando a su amigo.

—Tenemos trabajo, Tom. ¡Andando!

Ya en la calle subieron a un taxi y Martin dio la dirección del Hotel Londres.

—¿De qué se trata? —quiso saber su amigo.

—Se ha presentado nuestra gran oportunidad de ir al Sur. Esos peliculeros necesitan personal.

—¿Quieres decir que vamos a trabajar en el cine?

—Piden un intérprete que conozca los dialectos del Sudán meridional y un tipo con la misma facha que yo.

—¡Pero yo no sé ninguno de esos dialectos!... Ni siquiera he oído hablar en mi vida de los pueblos que viven por esos andurriales.

—Ten un poco de paciencia. Todo se andará.

Llegaron al término de la carrera y Martin despidió el taxi.

Se metieron en el hotel y subieron en el ascensor a la planta en que se hallaba el apartamento 39.

Audax apretó el timbre y guiñó un ojo a Tom mientras se subía el nudo de la corbata.

La puerta se abrió y los dos compadres se quedaron boquiabiertos contemplando a una mujer de escalofriante hermosura. Era morena, de cabellos y ojos negros, labios color sangre, busto prieto, cintura estrecha, anchas caderas y largas piernas.

—¿Qué desean? —inquirió el monumento cubierto por una blusa de nylon, falda sastre y medias color carne.

Martin carraspeó saliendo de su arrobamiento y repuso:

—Venimos por el anuncio, preciosa.

La joven, que aún no había cumplido los veintitrés años, hizo un mohín contestando:

—Apee el tratamiento, señor...

—Audax, Martin Audax y este es mi amigo, Tom Ranglán. ¿Trabaja usted también en la película?

—Sí.

—¡Estupendo! —exclamó Martin con jovialidad—. Dígale al director que haré mi papel gratis si incluye en el guion una escena de amor entre usted y yo.

La muchacha fue a cerrar la puerta de un golpe, pero Audax lo impidió introduciendo con rapidez un pie en el resquicio.

—No se ponga así, bombón —dijo con voz persuasiva—. Es todo una broma. ¿Quiere dejarnos pasar y tomar parte en el concurso?

Ella vaciló unos segundos, pero acabó por franquearles el paso.

En el *living-room* del apartamento, dos hombres miraron a los visitantes primero con curiosidad y luego con enojo.

Martin los consideró por tal actitud como competidores.

—Enseguida aviso al señor Byron —anunció la joven antes de desaparecer por una puerta interior.

Cuando regresó la acompañaba un individuo de mediana estatura, regordete, poseedor de una nariz piramidal sobre la que cabalgaban unas gafas de fuerte graduación. Los cuatro que esperaban se pusieron automáticamente en pie.

—El señor Frank Byron —hizo la presentación la mujer.

Byron paseó lentamente por frente a los aspirantes a las plazas solicitadas, observándolos de la cabeza a los pies. Terminado el examen preguntó:

—¿Quién de ustedes viene por el puesto de intérprete?

El primero de la fila, un rubio de ojos claros, dio un paso adelante, tan erguido como si hubieran solicitado un voluntario para tomar un nido de ametralladoras.

Martin dio un codazo en un riñón a Tom y este lanzó un grito.

—¿Decía usted algo? —inquirió Byron mirando a Ranglán.

El interpelado negó con la cabeza y el director volvió la mirada al presunto intérprete.

—¿Conoce usted los dialectos reseñados en el anuncio?

—He vivido ocho años en el enclave de Malakal. Tengo muchos amigos entre los shilluks, dinkas y nuers.

—¿Cómo se llama usted?

—Cameron Hoyt.

—Muy bien, señor Hoyt. Tenemos trabajo para tres semanas. Se le pagarán doscientos dólares semanales más la comida. ¿Le interesa?

—Estoy de acuerdo, señor Byron.

—Magnífico. Mi secretaria, la señorita Rhodas, le comunicará todo lo referente a la partida —el director desvió los ojos hacia los otros tres hombres y frunció el ceño al detenerlos en Ranglán—. Usted no reúne las condiciones para el otro puesto vacante...

—Es un amigo que me acompaña —explicó, sonriente, Martin.

—No se pedía que les acompañasen sus amigos —repuso, enojado, Byron.

—Lo siento —se excusó Audax sintiendo que su oportunidad se esfumaba.

El director observó al que se hallaba junto a Cameron Hoyt.

—Su cometido es doblar al galán de la película, Timothy Gardner —explicó—. Se trata de rodar ciertas escenas con algún riesgo. El sueldo es de quinientos dólares semanales.

—¿También serán tres semanas para mí?

—Para usted quizá sean cuatro.

En ese instante se abrió la puerta del corredor dando paso a una mujer y un hombre. Ella era Margo Cukor. Una mujer de una vez. La diosa de Hollywood. La hembra que había hecho que los americanos olvidasen a cuantas famosas bellezas le habían precedido en la pantalla. Sus largas y sedosas pestañas negras se cerraron y abrieron para preguntar:

—¿Qué es ello, Frank?

—Estoy eligiendo el doble de Timothy —contestó el director.

Timothy Gardner, el acompañante de Margo, un adonis, sonrió mostrando una dentadura perfecta.

—¿Y quién es el afortunado que me sustituirá?

Martin hizo una mueca mirando al galán y se alegró de no haber sido elegido. Hubiera acabado por estropear algún diente de aquel pavo presuntuoso.

Byron fue a contestar, pero Margo Cukor lo interrumpió diciendo:

—Eso me corresponde dilucidarlo a mí —se volvió a Timothy y añadió—: ¿No he sido yo quien ha exigido me dices la réplica en el film? Pues yo también elegiré el doble.

—Como tú quieras, querida.

El director se rascó la barba, pero no opuso nada.

Margo avanzó hacia la fila observando a quienes la integraban. Sus ojos se fijaron en Martin.

—Casi tiene el mismo tipo que Timothy —comentó.

—Con otra cara —apuntó Audax.

—Sí, no es tan guapo. ¿A qué se ha dedicado hasta ahora?

—A lo que sale. Los tiempos que corren no permiten otra cosa.

—¿De qué parte de nuestro país es?

—De Peoría, Illinois.

—¿Es casado o lo ha estado alguna vez?

—En una ocasión compré un anillo de compromiso, pero

cuando estaba a punto de entregarlo a mi dama, me atropelló un automóvil.

—¿Sí? ¿Y qué pasó después?

—El accidente me produjo un ataque de amnesia.

Margo río fuerte, en tanto Gardner se pellizcaba nerviosamente el extremo del bigote.

—De acuerdo —sentenció la actriz—, queda usted contratado.

El que había sido elegido por Byron para el mismo papel se puso lívido e hizo explosión.

—¡No pueden hacer eso conmigo! ¡El señor Byron me aceptó a mí antes...!

Margo lo miró con displicencia y luego dijo al director:

—Pague a este hombre como si hubiera realizado el trabajo y que se vaya. Para ataques de histerismo tenemos bastante con los míos.

—Ocúpese de todo, señorita Rhodas —dijo Byron.

Margo se despidió de Martin con una sonrisa y se fue con Timothy por dónde había venido.

El director volvió a meterse en el interior del apartamento.

La señorita Rhodas entregó un cheque al que se había considerado como perjudicado, el cual se retiró tan risueño como si hubiera ganado un pleno en el Derby.

Luego informó a los dos elegidos que saldrían al día siguiente hacia Jartum por vía aérea. Debían encontrarse en el aeropuerto a las siete cuarenta y cinco de la mañana.

Cameron, Martin y Tom se dirigieron a la salida y Audax se las arregló para quedar a solas con la hermosa secretaria.

—¿Puedo hacerle un ruego, señorita Rhodas?

—Estoy comprometida para comer y cenar, si se refiere a eso.

—No, precisamente no. Verá, mi amigo y yo no andamos bien de fondos y... en fin, ya me entiende. Tengo que saldar la cuenta del hotel y otras por el estilo. ¿No podría adelantarme algunos billetes ahora que soy de la familia?

La joven, con las mejillas enrojecidas, miró ominosamente a su interlocutor y comentó:

—Hace honor a su apellido. ¿Cuánto necesita?

—A ver, a ver... Pongamos ciento cincuenta dólares.

La secretaria se metió, en el apartamento y regresó al lado de Martin con un fajo de billetes que él cogió y guardó en el bolsillo.

—Gracias, señorita Rhodas. A propósito, aún no sé cuál es su nombre...

—Para nuestras relaciones basta con el que ya conoce. Y ahora,

discúlpeme. Tengo mucho trabajo.

Martin se alejó por el corredor sonriendo.

En el «hall» lo esperaba Tom con cara compungida. Insinuó:

—Así es que te vas a marchar sin mí...

—¿Quién ha dicho eso? He logrado dinero para tu pasaje.

—¿De veras? —Ranglán recobró el humor—. Eres único, Martin... Parece que le has caído bien a la Cukor.

—Preferiría que hubiese sido la secretaria.

Tomaron otro taxi que los dejó ante el «Horizonte» y pasaron al comedor donde se hicieron servir un buen menú, terminado el cual subieron a su apartamento.

Al entrar en él se quedaron inmóviles como estatuas contemplando a un par de individuos que, sentados a horcajadas sobre sendas sillas frente a la puerta, les apuntaban con un par de pistolas.

CAPÍTULO III

—Cierren esa puerta —dijo uno de los que estaban sentados, cejudo, de estrecha frente y labio inferior colgante—. Ya estamos todos para celebrar mi cumpleaños.

Martin impulsó a la puerta con la pierna y sonó un chasquido anunciando que había quedado interceptado el camino de la libertad.

—¿Cuántos cumple? —preguntó al pistolero.

—Treinta y uno.

—No los aparenta.

—Gracias.

—Apuesto a que piensa como un niño de nueve.

El cuervo borró la sonrisa de los labios y se enderezó con el ceño fruncido.

—Quiere jarana, ¿eh, Audax?

—Terminemos cuanto antes ¿A qué han venido?

—Es sencillo. Soy coleccionista de paraguas y me gusta el que ustedes tienen.

—Puede comprar uno de la misma clase por cuatro dólares en cualquier almacén, y si lo hace en jueves le regalarán un globito.

El cejudo palideció y su pecho se agitó encolerizado.

—Continúe haciendo chistes y le prometo que se arrepentirá.

—Bueno, solo quería ayudarle. Pero si se ha encaprichado de nuestro paraguas puede llevárselo. Compraremos otro.

El que permanecía sentado, robusto, de grandes manazas, barba cerrada y expresión triste, ladeó la cabeza y murmuró:

—¿Por qué no vamos al grano, Bucht? Ya sabes que no me gusta la cháchara.

El llamado Bucht cogió del suelo la empuñadura del paraguas que había pertenecido a Jonah Jones y la mostró a Martin por la parte hueca.

—¿Qué es lo que había aquí, Audax?

—Soy muy descuidado y lo empleaba para guardar la factura de la lavandera.

—¿Sí? ¿Y cómo no está ahora?

—La rompí antes de salir, hace un rato. Estaba ya pagada.

Bucht disparó la pierna derecha. Martin recibió el patadón en la espinilla y al arrugarse lanzando un aullido de dolor, el pistolero le

pegó un culatazo en la nuca derribándolo al suelo de bruces, seminconsciente.

Ranglán hizo ademán de golpear con el puño, pero el tristón entrechocó los dientes y advirtió:

—No hagas tal cosa, muchacho, a menos que quieras una tumba en El Cairo.

Tom se serenó los nervios, comprendiendo que aquellos tipos no vacilarían en agujerearle la piel.

Martin se incorporó sujetándose la cabeza.

Bucht compuso una mueca de pena y murmuró:

—¿Ves, Audax, a lo que conduce los malos modos? Joe y yo somos buenos chicos. No nos guardes rencor.

—Claro que no —contestó Martin ya recuperado—. Tú y Joe sois un par de angelitos. Me lo supuse en cuanto os eché la vista encima.

—¿Qué te parece si nos das lo que había en el paraguas?

—¿Qué pasará si os lo doy?

Bucht soltó una carcajada.

—¿Qué puede pasar? Que nosotros nos iremos por esa puerta.

—¿Quién puede creerlo? Si fuese así, ¿por qué no pedisteis a Jones lo que os interesa?

—Se lo pedimos. Palabra que sí, ¿verdad, Joe?

—Seguro, compañero —convino el interrogado.

Martin se quedó un rato pensativo y al fin dijo con decisión:

—De acuerdo. Os lo daré.

Fue a meter la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, pero una orden de Bucht interrumpió su movimiento.

—¡Espera!

El pistolero se le acercó y lo cacheó quitándole el arma que había pensado utilizar.

—Este no fue el trato —murmuró Bucht.

—Tengo el papel en el mismo bolsillo —explicó Martin sacando el mapa de Jones.

El cuervo lo cogió y desdobló.

—¡Que me ahorquen, Joe! —exclamó, rascándose la barbilla con el cañón de la pistola—. ¡Esto es lo que queremos!

Joe echó un vistazo al plano y lo guardó dando la conformidad con un gruñido. Luego se levantó y dirigióse con su compañero a la puerta.

—¿Qué os parece si olvidáis lo ocurrido, muchachos? —inquirió Bucht—. Esto no es América aunque nosotros seamos compatriotas. Os aconsejo que no volváis a meter las narices en nuestro asado.

—Y no creáis que os perdonamos la vida por lo del acuerdo —

añadió Joe—. Lo que ocurre es que no queremos tener más complicaciones en este país. Pero si os encontramos en el lugar que señala el mapa... podéis ir despidiéndoo de la familia.

—Gracias por vuestros consejos —repuso Martin—. Me conmueven tanto que si no os vais ahora mismo me voy a echar a llorar...

Bucht y Joe se marcharon.

Apenas se cerró la puerta, Audax cogió la pistola que Bucht había dejado en un sillón, la guardó y empezó a canturrear mientras sacaba una maleta y la ponía encima de la cama.

—Será mejor que prepares tú también tu equipaje, Tom...

Ranglán lo miraba perplejo.

—No te comprendo, Martin. Acabas de entregar a esos tipos el mapa de tu amigo y estás como si te hubiesen nombrado senador. ¿Es que se te ha aflojado un tornillo con el golpe?

El joven interrumpió el trabajo de llenar la maleta, sacó la cartera y extrajo de esta el mapa de Jonah Jones.

La estupefacción de Tom llegó al paroxismo.

—¡Pero Martin! ¿Y ese que le diste?

—Hice una copia sobre un papel viejo mientras tú dormías esta mañana. Solo que en vez de subrayar con lápiz rojo el pueblo de Kodok, tracé una raya debajo de Tonga, que se halla unas cuantas millas más al sudeste. Igualmente cambié el nombre de la otra anotación.

—¡Enorme! ¿Y por qué no lo dejaste en el hueco de la empuñadura? Ellos lo hubieran encontrado en nuestra ausencia y te habrías ahorrado conocer los métodos de esos malditos.

—No lo hice porque habrían sospechado el cambio. Pensaron con lógica que debíamos habernos dado cuenta de que teníamos el paraguas de Jones; que al asociarlo con su muerte lo habríamos examinado, descubriendo su contenido. No, era preferible hacerme el resistente para entregarles el supuesto mapa cuando hubiese recibido... —Audax hizo una pausa para tocarse la hinchazón de la cabeza—. Quizá llegue el momento de devolverle a Bucht sus caricias...

—¿Crees que se marcharán enseguida?

—Ellos dos no son más que los guardias de corps de alguien más poderoso. Irán a recibir órdenes.

—¿Piensas, de verdad, seguir con los peliculeros?

—Solo mientras los necesitemos. Nuestro destino es Kodok, ya lo sabes.

Tom asintió y se puso a silbar alegremente mientras hacia su

maleta.

CAPÍTULO IV

Martin llamó por teléfono a tres hoteles de la capital egipcia, teniendo delante la guía telefónica. En el tercero, el Oriental, encontró lo que buscaba. En él se había alojado Jonah Jones. Cuando el encargado preguntó quién llamaba, Audax colgó. Luego dijo a Tom que lo siguiese y fueron a la jefatura de policía.

El inspector encargado de esclarecer la muerte de Jones se llamaba Ab-El-Kader. Estrechó la mano de Martin y de Tom y enfrentóse con el primero.

—El ordenanza me dice que quiere hablarme sobre el asesinato de su compatriota, señor Audax.

El policía se había sentado ante una mesa y hacía rodar un lápiz entre los dedos, escrutando con los pequeños ojillos el rostro de su interlocutor.

—Ciertamente —respondió Martin—. Jones y yo nos vimos por casualidad esta mañana y habíamos quedado citados para comer a mediodía. Al no acudir a la cita llamé al hotel y allí me informaron.

—Comprendo. ¿Cuál era su amistad con la víctima?

—Fuimos compañeros durante la guerra. Al licenciarnos tomamos rumbos distintos. Él se fue a Sudáfrica a explotar una plantación. Yo me quedé en Nueva York. El encuentro de hoy ha sido, repito completamente casual... Quisiera poder ayudarles en algo, pero creo no me encuentro en situación de hacerlo...

—¿Le explicó Jones algo sobre lo que hacía en El Cairo?...

—Solo me dijo que se alojaba en el «Oriental». Tenía prisa y dejamos las confidencias para la comida. Si hubiera sabido...

—Naturalmente, usted no es adivino.

—¿Puede usted informarme sobre lo ocurrido?

—Sabemos muy poco. Le dispararon desde un automóvil que se dio a la fuga. Al parecer, su amigo llevaba algo de mucho valor para los asesinos. Un paraguas.

—¿Un paraguas? —el asombro de Martin y Ranglán estuvo pleno de realidad.

—Así es. Por lo demás, hasta el presente no hemos adelantado mucho. Tengan en cuenta que apenas han transcurrido unas horas desde que el crimen ha sido perpetrado. Su amigo llegó a El Cairo hace seis días, procedente de Jartum. Utilizó el tren. En el hotel solo recibió una visita... La de una mujer morena de gran belleza,

europaea o americana. La dirección del hotel me ha comunicado que no ha sido vista en otra ocasión, y por lo tanto este personaje rodea de más misterio el extraño caso de su amigo. Eso es todo cuanto puedo decirle por ahora. ¿Dónde se alojan ustedes? Tendré mucho gusto en tenerlos al corriente de los avances de nuestra investigación.

—En el «Horizonte», pero nos marchamos mañana. Estaremos unas semanas fuera.

—¿Pueden decirme cuáles son sus actuales ocupaciones?

—Precisamente están relacionadas con el motivo de nuestro viaje. Vamos al Sudán meridional con el equipo del film americano «Noches Africanas». Quizá sepa usted algo sobre el particular...

—Sí, estoy al corriente.

—Un último favor, inspector —recabó Martin—. ¿En qué condiciones va a recibir sepultura mi amigo?

—Se le ha encontrado algún dinero encima, el suficiente para pagar su última morada en el cementerio inglés. ¿Tenía familia el señor Jones?

—No; ninguna. Se crio en un orfelinato.

—¿Y no saben el lugar en que concretamente tenía su plantación en Sudáfrica?

—No, señor —repuso Audax y tras un silencio añadió—: Quisiera verlo.

El inspector asintió y a continuación escribió algo en una tarjeta que sacó de la cartera.

—Es una orden para que le dejen paso libre en el depósito —dijo levantándose y entregando a Martin la tarjeta—. Ya le habrán hecho la autopsia.

Audax dio las gracias y salió con su amigo del despacho.

Un taxi los dejó ante el Depósito.

Vieron a Jonah Jones en una de las mesas, cubierto por el blanco sudario.

El encargado lo descubrió hasta el pecho.

Martin permaneció un rato mirándolo y oró en silencio. Luego, con los ojos fijos en la faz tranquila de Jones, murmuró:

—Te vengaré, Jonah. Te lo juro.



Os voy a quitar la cacharrería.

CAPÍTULO V

Aquel día, en Omdurmán, la ciudad cercana a Jartum, el termómetro marcaba treinta y seis grados.

Martin y Tom deambulaban por las calles entreteniéndolos las horas del atardecer. A la mañana siguiente partirían hacia el sur siguiendo el curso ascendente del Nilo Blanco.

Un negrito, tocado con un *fez* se les cruzó en el camino diciendo sonriente:

—Gauajsi; señor... gauajsi...

Ninguno sabía el significado de la palabra.

—¿Qué es eso, muchacho? —preguntó Audax.

El chiquillo levantó los brazos y pegó unas cuantas vueltas.

—Comprendo —murmuró Martin y miró a su amigo—: Son famosas las bailarinas del Sudán.

—Echémosles un vistazo —convino Tom.

El niño los condujo a una casa construida con materiales de desecho. En el interior había un negro viejo que enseguida dio una fuerte palmada. A los pocos segundos, por una puerta interior, salieron cuatro muchachas de color cubiertas solamente por un faldellín con flecos. El viejo se sentó en un rincón y empezó a tocar el tambor. Las danzarinas se pusieron en movimiento, encorvándose lentamente hacia atrás hasta tocar el suelo con la cabeza. Sus largos cabellos barrían el piso de tierra. Todos los músculos de sus flexibles y bien proporcionados cuerpos se hallaban en tensión.

—Es la danza del vientre —susurró Martin.

En aquellos movimientos, rigurosamente estilizados, debían perdurar las últimas reminiscencias de las antiguas danzas egipcias.

La ascensión del cuerpo era aún más lenta y sin embargo el trepidar de la carne de ébano no cesaba un segundo.

Cuando el espectáculo acabó, Martin hubo de pagar al viejo veinte piastras.

En la calle los esperaba el negrito quien, siempre sonriente, tendió la mano diciendo:

—Bakshisk, señor.

—Bueno —rezongó Martin, sacando unas monedas del bolsillo—. Para esta palabreja no necesitamos intérprete. Significa propina. El muchacho cogió el dinero, hizo una zalema y se apresuró a

correr en dirección a un grupo de turistas, para ofrecer nuevamente sus servicios.

Martin descubrió también algo. Betty Rhodas se hallaba sola en el otro extremo de la calle, disponiéndose a fotografiar a una joven indígena.

—Espérame en el hotel, Tom.

Ranglán descubrió el objeto de la atención de su compañero y sugirió:

—¿No será más conveniente que prescindamos de faldas en todo esto? Ya estamos metidos en un buen lío. Acuérdate de las otras. No han hecho más que complicarte la vida.

—Esta es distinta. Pura dinamita.

—Por ello tengo miedo de que estalle ante tus narices.

—Pierde cuidado. Si eso ocurre es que yo no sé lo qué es una mujer.

Tom se separó de Martin y este se dirigió adonde se hallaba Betty.

—¿Está sacando una postal para su prometido? —inquirió al llegar a su lado.

La joven, a punto de disparar el obturador, levantó la mirada y murmuró dando un suspiro:

—Hace un rato me vaticinó un hechicero que me encontraría con usted, señor Audax.

—¿Sí? ¿Cómo ha sido eso?

—Me dijo que hallaría un ser que despidе fuego por los ojos y piensa de un modo extraño.

—El fuego lo provoca usted y mis pensamientos se refieren también a su persona. Pero de todas formas no creo sea yo el de la profecía. Probablemente se trata de su jefe, el señor Byron. Me he fijado cómo la mira y apuesto a que su cerebro no está limpio de pecado.

—Qué original.

—Eso le pasa por meterse a peliculera. ¿No sabe que Hollywood está contaminado?

—Debería ofrecer su brillante imaginación a Hedda Hopper¹. Es posible que ella le diese empleo ahora que escasean los talentos.

—Gracias, señorita Rhodas —dijo él haciendo una reverencia—. Me halaga extraordinariamente.

—Y ahora, ¿me deja hacer la foto?

—Claro que sí. ¡Adelante!

Martin se dio cuenta de que la indígena tenía los labios de un color fuertemente azulado.

Cuando Betty acabó su trabajo, él le preguntó:

—¿Se ha fijado en la boca de su modelo?

—Sí; aquí el pintarse los labios no resulta tan sencillo como en Europa o América. Estas sudanesas tienen un aparato especial que no es más que un pedazo de madera con apretadas filas de agujas. Estas se sumergen en una mezcla fluida de color azul y con ellas se pinchan los labios.

—¡Caramba! Son ganas de hacerse daño.

—Ellas están así más hermosas para sus hombres. Observe las palmas de las manos.

Martin frunció el ceño al verlas de color naranja.

—Es otra costumbre para realzar la belleza —prosiguió Betty—. Lo consiguen poniendo a secar las hojas de cierto árbol llamado aleña. Luego las reducen a polvo, rocían este con agua, lo cuecen y la masa resultante tiene para ellas el mismo valor que la mejor crema de París para nosotras.

—Muy instructivo. ¿Cómo está enterada de tales detalles?

Betty pagó a la indígena y echó a andar, poniéndose Martin a su lado.

—Señor Audax, la secretaria de un director de cine que va a rodar casi la mitad de una película en el Sudán ha de estar preparada para los más insospechados problemas que puedan presentarse en el curso del trabajo.

—Posee usted una inteligencia poco común entre las de su sexo.

—Me halaga extraordinariamente, señor Audax —parodió ella, inclinando con suavidad la cabeza.

Martin encajó la réplica haciendo chasquear la lengua.

—¿Qué le parece si firmamos una tregua, Betty?

—¿Para hacerme el amor? Oh, nada de eso. Prefiero sus sarcasmos.

—Está bien. ¿Es que no ha estado usted nunca enamorada?

—Sí; de mi profesor.

—Menos mal. Empezaba a creer que era usted de hielo.

—Fue cuando yo tenía doce años.

Martin lanzó un cómico gemido.

Durante los dos minutos siguientes continuaron andando sin pronunciar palabra alguna.

Llegaron ante una casa en que había aglomeración junto a una taquilla abierta en la fachada. Era un teatro de variedades.

—Me gustaría ver eso —dijo Betty.

Martin sacó las entradas y penetraron en el interior. El local no muy amplio, con el escenario al fondo, estaba lleno de un público

compuesto por representantes de las más diversas nacionalidades. Allí había griegos, levantinos, sirios, ingleses, italianos, alemanes, franceses y una variada gama de individuos pertenecientes a las tribus del Sudán.

Betty y Martin se sentaron en sus sillas de la fila segunda y poco después se abrió el telón para el comienzo del espectáculo. Actuaron un prestidigitador, una pareja de «clowns», un trío de equilibristas, una canzonetista española, y como número fuerte del espectáculo, con el que finalizaba el mismo, el consabido grupo de gauajsi, ocho danzarinas jóvenes, esbeltas, de cuerpo grácil, bellas en su tenue indumentaria.

Los hombres, como hipnotizados, seguían estáticos las evoluciones de las mujeres y cuando la danza acabó, ametrallaron entre grandes gritos el escenario con monedas de diez piastras.

Betty y Audax se levantaron para marcharse. Entonces Martin descubrió a Bucht y Joe, la pareja de cuervos que les había visitado en El Cairo. Caminaban por el pasillo entre el bullicioso gentío que desalojaba el teatro.

—¿Le importaría regresar sola al hotel, Betty? —preguntó rápidamente.

La hermosa muchacha lo miró sorprendida.

—Lo tenía por un hombre original, señor Audax, pero no hasta ese punto.

—Déjeme que le explique.

—No es necesario. Puede marcharse.

—Le aseguro que es temeraria en sus suposiciones.

Betty no dijo nada y él optó por separarse de su lado al ver que los pistoleros estaban a punto de ganar la salida.

Los siguió a distancia por distintas calles y al fin los vio meterse en un hotel de ínfima categoría a juzgar por su aspecto.

Esperó unos minutos y se coló en el interior.

El encargado, un italiano de prominente abdomen, leía una novela sentado en una mecedora.

Martin se plantó ante él procurando no mover un músculo del rostro cuando preguntó:

—¿Cuál es la habitación?

El otro dio un respingo porque no había oído llegar a nadie.

—¿Eh?... ¿La habitación?... ¿De quién?

—Ya sabe a lo que me refiero. Me están esperando. Los dos.

—Oh, sí. La seis.

Martin hizo una mueca que podía pasar por cualquier cosa menos por una muestra de agradecimiento.

Subió lentamente la escalera que había a la derecha de la entrada y ya en el corredor superior buscó la puerta número seis. Con extremo cuidado cogió el picaporte y lo hizo girar mientras con la otra mano esgrimía la pistola. Luego abrió de golpe y saltó dentro de la habitación, cerrando de un portazo a su espalda.

Bucht estaba tendido en la cama y se enderezó llevando la mano a la pistolera, pero se detuvo al ver el hocico del arma que le apuntaba.

Joe se hallaba en mangas de camisa, lavándose la cara en un lavabo del rincón, y giró resbalándole el agua por la piel.

—¿Qué hay, muchachos? —interpeló Martin—. Olvidasteis dejar vuestra dirección y he tenido que esforzarme para devolveros la visita.

—Un chico muy educado —rezongó Bucht.

—Tú no lo pareces. ¡Ponte en pie!

El gánster obedeció.

—Ahora girad hacia la pared con los brazos en alto —siguió ordenando Martin—. Os voy a quitar la cacharrería. No quiero ver un solo movimiento.

Todo se desarrolló normalmente y Audax fue colocando las armas de sus prisioneros en el suelo, empujándolas después con el pie bajo la cama.

—Estupendo, compañeros. Ya podéis volveros.

Bucht y Joe se enfrentaron nuevamente con él.

—Puede costarte caro —masculló el primero con las cejas enarcadas—. Aún es tiempo de echar marcha atrás, Audax.

—¿De veras? No puedo decir lo mismo de vosotros. Tenéis las manos tan manchadas de sangre que no os salvaría de la silla eléctrica ni cincuenta años de buenas acciones. Pero dejemos eso. Hay otra cosa. ¿Quién es vuestro jefe y dónde lo puedo encontrar? Quiero darle las gracias por lo de mi amigo.

—¿Jefe? —rezongó Joe—. No tenemos ningún jefe.

—Trabajáis por vuestra cuenta, ¿eh?

—Seguro —convino Bucht—. Joe y yo hemos formado siempre sociedad. Nos entendemos perfectamente y es mal asunto depender de otro.

—Ninguno de los dos tiene más inteligencia que una hormiga. Sois incapaces de hacer algo que salga de vuestras cabezas. Solo servís como verdugos.

—A ti no te matamos.

—Os lo haré sentir. Pero no lo hicisteis porque vuestro jefe pensaría que se le podía complicar el negocio dejando tras sí un

reguero de sangre. Con un muerto ya había bastante. Además, teníais la certeza de que mi encuentro con Jonah fue casual y no hubo tiempo para que me pusiese al corriente de la persecución de que era objeto... Y apuesto a que pensasteis habíais logrado amedrentarme. Yo no entraba en vuestros cálculos —Martin levantó la pistola unas pulgadas—. Bien; esto es un cambio de decorado. Ahora soy yo quien dirige el cotillón y vais a bailar al son que os marque. Repito: ¿Quién es vuestro jefe?

Joe miró con tristeza a su compinche.

—¿Qué te parece, Bucht? ¿Se lo decimos?

—Claro que sí. El muchacho se lo ha ganado.

—Eso es ponerse en razón —murmuró Martin.

—Se llama Hans Richl —confesó Bucht.

—¿Alemán?

—Apátrida. Se nacionaliza el mismo cuando lo necesita. No es difícil para un hombre el hacerse con la documentación necesaria. Hay individuos que se ocupan de eso.

—¿Cuál es su historia?

—Perteneció a las S.S. y fue hecho prisionero al terminar la guerra e internado en un campo de concentración americano. Pero consiguió escapar en un motín que él mismo alentó.

—¿Cómo sabéis tantos detalles? No es frecuente que un sujeto así se franquee con sus subordinados.

—Es su único defecto. Le gusta fanfarronear.

—Describemelo.

—De mediana estatura, robusto, cabello rubio y ojos verdes. Edad indefinida. Lo mismo puede tener treinta y tres que cuarenta y cinco años.

—¿Dónde está ahora?

—Se hospeda en el Hotel Anglo-Egipcio de Jartum. Habitación 12.

—¿Qué tuvo que ver con él Jonah Jones?

—No lo sabemos y hay otra cosa que ignoras. Las balas que mataron a tu amigo salieron de una pistola que él solo apretó. Nosotros estábamos en la calle, a dos manzanas de donde Jones murió. Nos habíamos atendido a las órdenes de Richl que solo consistían en vigilar a Jones.

—¿Vais a decir que ignoráis por qué murió mi amigo?

—Fue por el mapa que había en el paraguas. Eso está claro. Pero no tenemos idea de lo que significa ese mapa. Joe y yo estábamos en Sicilia. Somos de ascendencia italiana y nos expulsaron de los Estados Unidos poco después de lo de Frank Costello. Acudimos a

él para que nos diese trabajo, pero no tuvimos suerte. Pensábamos largarnos a Méjico cuando un amigo nuestro recibió una carta de Richl pidiéndole un par de hombres decididos. Lo pagaba bien y nos decidimos a integrar el grupo. En El Cairo conocimos a Hans y lo primero que nos ordenó fue que hallásemos a Jonah Jones, que estaba a punto de llegar de Jartum. Lo localizamos. Entonces se preparó y lo mató. Cuando lo volvimos a ver después, estaba excitado. Dijo que Jones lo había engañado y confesó que buscaba un mapa escondido en el puño del paraguas de tu amigo. Nosotros supusimos lo que había pasado y se lo dijimos. Dobló el dinero que nos ofrecía si conseguíamos el plano. Nosotros cumplimos y él pagó y nos despidió.

—¿Qué os despidió? ¿Qué hacéis, entonces, aquí?

—Este y yo pensamos que valía la pena seguir a Richl. Tuvimos la corazonada de que, si lográbamos hacer nuestro lo que hay escondido en el pueblo señalado en el mapa, no tendremos que trabajar en el resto de nuestra vida. Hans ignora que estamos aquí. Operamos por nuestra cuenta.

—¿Qué es lo que suponéis que hay escondido?

—Puede ser oro, o un yacimiento de uranio, quién sabe. Desde luego es una cosa de mucho valor. Jones y Richl se exponían a morir por su posesión.

—¿Cuál es vuestro plan?

—Pensábamos continuar... —Bucht hizo una pausa y añadió—: pero ahora las cosas están de otro modo. ¿Qué te parece si entras a formar parte de nuestra sociedad? Un tercio del total que logremos es un buen precio.

—¿Crees que puedo aliarme con gente de vuestra calaña? Ni vosotros podíais picar tan alto ni yo caer tan bajo. Os voy a dar un consejo. Marchaos a Méjico, a una isla del Pacífico o al Polo Sur. No quiero ver vuestras feas caras. Quisiera tener vuestra sangre fría para meteros una ración de plomo en el estómago. Al fin y al cabo, si no disparasteis contra Jones, fuisteis cómplices del asesino...

—Nosotros no sabíamos que Richl lo iba a matar...

—Eso os salva... por ahora. La próxima vez, si llega, os prometo no tendré clemencia. Hasta nunca, muchachos.

Martin fue reculando hasta la puerta, la abrió, salió al corredor y, después de cerrar, bajó rápidamente las escaleras y ganó la calle.

Un poco más abajo pudo hallar un desvencijado coche modelo 1929, cuyo propietario había sentido el optimismo de llamarlo taxi.

Dio al conductor la dirección del Hotel Anglo-Egipcio de Jartum. El indígena, de negros bigotes, tuvo que esforzarse con la manivela

para que el motor comenzase a rugir.

El traqueteo del viejo vehículo lanzaba una y otra vez a Martin contra el techo.

De pronto, el taxista vio surgir algo por su derecha e hizo girar el volante desesperadamente al otro lado.

Rechinaron los frenos, gimieron los neumáticos, todo el coche pareció ir a desencuadrarse y entonces sobrevino el caos.

Martin cayó hacia adelante en el momento en que sus oídos estallaban con un retumbar de mil truenos y que su cráneo chocaba con algo duro. Luego nada.

Cuando despertó, se encontró metido en una cama con el embozo hasta la barbilla. Una monja se sentaba a su lado.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó y al instante se arrepintió de hacerlo porque tuvo la impresión de que el cerebro le bailaba en la cabeza.

La monja se puso en pie, sonriéndole.

—Se halla en el Hospital de Jartum. Tuvo usted un accidente.

—Un... un accidente. Sí. Sí, ahora recuerdo... ¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Lo trajeron hace seis horas.

—¿Y el conductor?

La hermana de la caridad estuvo un rato suspensa y luego dijo:

—Murió en el acto.

Audax se mordió el labio inferior. No conocía a aquel hombre, pero tenía la impresión de que él había sido la causa involuntaria de su muerte. Se negaba a creer en la tesis del accidente. Por ello inquirió:

—¿Y el otro coche?

—Se dio a la fuga. Se ocupa de él la policía.

La policía. ¿Qué podía hacer contra un asesino dotado de poderosa imaginación? Expediente archivado. Esa sería, en definitiva, la conclusión del caso.

—¿No pregunta usted por su estado? —preguntó, dulcemente, la monja.

—Supongo que estoy bien a pesar de que me encuentro igual que si hubiera recibido una tremenda paliza.

—Debe dar gracias a Dios. Resulta increíble que, efectivamente, haya resultado ileso. Lo sacaron de entre un montón de hierros retorcidos.

Martin se apretó las sienes y relajó el cuerpo.

De súbito le vino a la memoria el destino que llevaba cuando sobrevino la catástrofe, y se sentó en la cama, teniendo la impresión

de que una mano gigante le tiraba de la espina dorsal.

—Supongo que me puedo marchar. ¿Cuál es su nombre?

—Sor Ángeles.

—Va a ser buena conmigo. Tráigame mi ropa. No la veo en la habitación.

—El doctor ha dicho que tendrá que estar aquí hasta mañana. ¿Se da cuenta? Aunque no es probable, el golpe puede haber afectado algún órgano interno. Ha de permanecer veinticuatro horas sometido a observación.

—Soy duro como un roble, Sor Ángeles. Le aseguro que me hallo perfectamente. Tengo que resolver un asunto muy importante. Cada minuto que pasa puede ser precioso para mí.

La monja dio un suspiro.

—Está bien. Acuérdesse de que le he advertido.

Sor Ángeles se marchó y estuvo ausente unos minutos, regresando con la ropa de Martin. Este la examinó. Tenía un siete en el pantalón y la manga de la chaqueta muy manchada de grasa. La hermana salió y él se vistió rápidamente. Cuando abandonó la habitación la encontró en el pasillo.

—Sor Ángeles —le dijo—, sé que estos servicios son gratuitos, pero quisiera demostrar de alguna forma mi agradecimiento. Creo que la mejor es hacer un donativo con destino a su hospital.

Audax entregó veinte dólares a la religiosa. Entonces esta se sacó de un bolsillo la pistola de Martin, manifestando:

—Es suya. Se la quité cuando lo trajeron.

—Gracias, Sor Ángeles. Tiene confianza en que haré buen uso de ella, ¿verdad?

—Su cara me la inspira. Dios quiera que no me equivoque.

Se despidieron y Martin salió a la calle.

Estaba oscureciendo. Se detuvo unos instantes en la puerta del edificio sanitario y observó las inmediaciones. No descubrió nada sospechoso. Enfrente había tres taxis. Supuso que el asesino no repetiría el golpe y corrió el primero de la fila.

Esta vez llegó sano y salvo al Hotel Anglo-Egipcio.

Entró con decisión para no ser importunado y subió por la escalera a la primera planta.

Al llegar ante el apartamento número 12 hinchó los pulmones de oxígeno y pulsó el timbre, acariciando con la otra mano la culata de la pistola que guardaba en el bolsillo.

Del interior no llegó ningún ruido y volvió a llamar.

Transcurrió un minuto. Nada.

Abrió con el mismo sigilo que lo había hecho para sorprender a

los cuervos en Omdurmán y se introdujo en la habitación.

Allí estaban. Bucht y Joe. Ahora ninguna de los dos se sorprendió. No podían. Habían muerto.

CAPÍTULO VI

Bucht se hallaba tendido en el suelo, boca arriba. Le habían pegado un tiro en la frente. Sus ojos abiertos parecían de vidrio.

Joe había tenido peor final. Lo habían degollado como a un carnero. Se apoyaba en un diván y su cabeza se doblaba como la de un muñeco de trapo. La sangre había salido a borbotones de su cuello y formado un gran charco sobre el piso.

Martin se imaginó lo ocurrido. Después que él los visitó, decidieron coger el mando del asunto y fueron al hotel para acabar con el que creían más fuerte rival, Hans Richl.

Pero habían subestimado al apátrida y este demostró ser más listo que ellos.

¿Qué podía hacer ahora? Perdería el tiempo registrando las habitaciones. Richl se habría llevado su equipaje, si es que tenía alguno, y no volvería jamás a pisar aquel panteón. Debió huir sin que se percatasen en el «comptoir». Precisamente lo que él, Martin Audax, Vendedor de Ideas, debía hacer ahora, so pena de cargar con el doble asesinato.

Limpió con el pañuelo las huellas que había dejado en el tirador de la puerta y en el timbre, y se puso aquel en la cara como si le doliesen las muelas.

Abandonó el hotel sin contratiempo y dirigióse a aquel donde se alojaba con Tom. Este, que leía un diario sentado en una silla, pegó un brinco al verlo entrar.

—¡Por fin, Martin!... ¡En mi vida he pasado horas peores! ¿Qué le ha pasado?

—Si hubieras llamado al hospital te habrían puesto al corriente.

—¿Tan grave ha sido?

—No tuvo importancia; pero estaba tan cansado que me quedé dormido.

A continuación, mientras se cambiaba de traje, Martin dio cuenta a su amigo de cuanto le había acontecido.

—¿Piensas seguir adelante? —preguntó Tom más tarde.

—Estoy cada vez más entusiasmado.

—¿Por el asunto o por Betty Rhodas?

—Mitad y mitad. Vámonos a cenar. Tengo un apetito de mil diablos. No he probado bocado desde esta mañana.

En el comedor se hallaban casi todos los componentes del

equipo de «Noches Africanas».

Audax encontró los ojos de Betty e inclinó la cabeza, pero ella no le correspondió al saludo.

Él la envió una nota por medio de un camarero preguntándole si podía acompañarla después de la cena y ella la devolvió con un gigantesco «no».

Cuando estaban en los postres, Margo Cukor se detuvo ante su mesa.

—¿Cómo le va, señor Audax?

Martin se levantó e invitóla a sentarse, cosa que hizo acariciándole con las pestañas mientras distendía los labios con la más subyugante de las sonrisas.

—¿No cree que el galán puede sentir celos? —inquirió el joven.

—¿Timothy? Es posible. Quizá nos casemos después de rodar el film.

—Enhorabuena.

—No me la dé. Solo seremos marido y mujer durante seis meses. El tiempo indispensable para el lanzamiento de la película. Las exigencias de Hollywood son así. He estado casada tres veces con anterioridad.

—¿Tres lanzamientos?

—Oh, no. Únicamente el tercero. Primero me casé con un oficial de infantería de Marina. No recuerdo cómo se llamaba, pero estaba terriblemente guapo con el uniforme. Luego me casé con un cazatalentos. Era necesario para iniciarme en el cine. ¿Se acuerda de aquella película en que Ava Gardner compra un tubo de labios en una perfumería? Se titulaba «Mis labios no dejan huella». Yo era la muchacha que le vendía el tubo. El público empezó a decir que yo le robaba la escena a Ava... Fue un éxito. Se puede decir que allí acabó mi calvario. De la noche a la mañana me convertí en la mujer más envidiada de Hollywood. Docenas de importantes casas comerciales lucharon por conseguir la exclusividad de mis fotografías con fines publicitarios. ¿No recuerda mi anuncio bebiendo una botella de Ronca-Cola? Estaba en bikini y había un slogan al pie de la foto que decía... «Y ahora póngase fresco con un Ronca-Cola».

Martin y Ranglán rieron las palabras de la hembra, feliz con la narración de sus primeros pasos en la pantalla.

—Un millonario del petróleo me ofreció un «cottage» en Pinomontano y un «Cadillac». Todo a mi nombre. Fue maravilloso.

—¿Su tercer marido? —inquirió Tom.

La actriz hizo un mohín dando un manotazo en el aire.

—Oh, no. El muy tonto estaba ya casado. Mi tercer esposo fue Ray Montesco, el famoso jugador de rugby. Era un gran muchacho. Nos llevábamos muy bien, pero cogía una rabieta terrible cada vez que me veía ligera de ropa en los estudios. No podía comprender que yo solo me debía a mi arte. Luego se le pasaba, pero volvía a las andadas en cuanto rodaba una escenita de esas. ¿Y saben por qué presentó su demanda de divorcio? —Margo hizo una pausa y al ver los estáticos rostros de sus oyentes añadió—: Agárrense a las sillas. Porque besé en la boca a un soldado que volvía a nuestro país después de seis años de cautividad en Rusia... No quiso comprender que ello formaba parte de mi publicidad. Uno de mis agentes dio con una frase estupenda para la foto que apareció en todos los periódicos del país. Era esta: «De Siberia al Ecuador». ¿Verdad que es graciosa?

Margo soltó una carcajada y ellos la corearon por no hacer un feo.

El camarero llegó a la mesa y dijo:

—Señor Audax...

—¿Qué hay? —inquirió Martin.

—Han dejado en la conserjería esta carta para usted.

El joven cogió la misiva, entregó una propina al mozo, excusóse ante Margo, la cual continuó hablando con Tom, y rasgó el sobre sacando su contenido, una cuartilla mecanografiada en la que se decía:

«Señor Audax: Sería conveniente y saludable para usted dejase las cosas como están. No me gusta que nadie se interponga en mi camino. Eso es algo que habré comprendido teniendo en cuenta las muertes de Jonah Jones, Bucht Bicardi y Joe Monti. Ocúpese de sus asuntos. Si reincide, me veré obligado a poner en práctica los medios expeditivos que ya conoce. Le deseo larga vida».

No había firma alguna, pero no hacía falta para saber quién era el remitente.

—¿Malas noticias? —preguntó Margo.

Martin guardó la carta en el bolsillo sonriendo.

—En absoluto —contestó—. Es del tío Jorge. Me comunica que Marieta tuvo dieciséis hijos.

—¡No! —exclamó la hermosa actriz estupefacta—. ¡Eso supera el récord de las hermanas Dionne!

—Bueno—. Audax se pellizcó el lóbulo de la oreja—. Me ha

faltado aclarar que Martin es un ejemplar del ganado porcino.

Ella se quedó unos instantes callada y de pronto lanzó una carcajada.

Martin vio que Betty se levantaba de su mesa y se dirigía a la salida del comedor en compañía de Cameron Hoyt, el intérprete de la expedición.

—¿Tiene algo que hacer esta noche? —oyó que le preguntaba Margo.

—Me temo que no.

—¿Quiere acompañarme? Me han dado la dirección del único local decente en Jartum donde se puede bailar y beber buen *whisky*.

—¿Y Timothy?

—¡Al infierno con él! ¿O es que le tiene miedo?

Martin se incorporó de la silla diciendo:

—Vayamos cuanto antes a comprobar lo que dice. Hasta luego, Tom.

Fueron al local indicado y bailaron.

Al poco rato, Martin descubrió unos ojos verdes fijos en él. Los de Cameron Hoyt, que bailaba con Betty Rhodas. El corazón le dio un vuelco. También Cameron era rubio. ¿Y la escena cuando el director Byron preguntó por el intérprete en el acto de la selección? Hoyt había dado un paso al frente como un soldado. Hans Richl era rubio, de ojos verdes y había pertenecido a las S.S.

Hizo lo posible por estar al lado de Betty para cuando el bolero acabase, y lo consiguió.

—Oh, buenas noches, señorita Rhodas —dijo como si se hubiese percatado de la presencia de la joven en aquel momento—. ¿Se divierte?

Betty y Cameron saludaron con una inclinación de cabeza a Margo y su pareja. La secretaria repuso:

—Lo estamos pasando muy bien. ¿Y ustedes?

—Maravillosamente —contestó Margo—. Hay hombres con los que una mujer no se puede aburrir.

—La felicito —dijo Betty, haciendo ademán de separarse.

—Lo he estado buscando, Hoyt —murmuró Martin.

—¿A mí? —el intérprete frunció el ceño—. ¿Para qué?

—Di un paseo por Omdurmán esta mañana y oí una palabra cuya traducción me interesó. Tenía entendido que se alojaba usted en el hotel «Anglo-egipcio» y me dirigí allí, pero desgraciadamente mi informe era falso...

—Lo era, señor Audax. Un amigo me brindó hospedaje en su casa mientras permaneciéramos en Jartum. De todas formas,

dígame ahora esa palabra...

—Gauajsi.

—Una gauajsi es una danzarina que domina realmente su profesión. Es el más alto grado a que puede llegar una mujer sudanesa en el arte de Terpsícore. No se deben confundir con las sharamit, mujeres de mala vida que bailan indecorosamente, como parte de su juego, a cambio de unas rupias. Por desgracia, las gauajsi son cada día más escasas en el Sudán y más numerosas las sharamit.

—Gracias, Hoyt —dijo Martin.

—No hay de qué. Ya sabe que estoy a disposición de mis compañeros.

Cada pareja regresó a su mesa. Martin se disculpó una vez más ante Margo y dirigióse a la cabina telefónica del local. Buscó el número del hotel «Anglo-egipcio» y lo disco. Cuando cogieron el micro a la otra parte de la línea, preguntó:

—¿Hace el favor? ¿Se hospedan en ese hotel los señores Hans Richl y Cameron Hoyt?

Le rogaron que esperase unos segundos y transcurridos estos contestáronle:

—No, señor. No tenemos ningún huésped con esos nombres.

Martin colgó el receptor, pensativo. No podía preguntar por el huésped del apartamento número 12, ya que allí había dos muertos y la policía localizaría su llamada, con lo cual se enzarzaría en graves problemas. Además, era evidente que Richl había utilizado un nombre falso al inscribirse.

CAPÍTULO VII

El yate avanzaba despacio contra corriente. Las riberas del río aparecían cubiertas de juncos. De vez en cuando se veían algunos bosquecillos de «ambash», en los que abundaban los martinetes y alciones. En los islotes se albergaba una pululante vida pajaril... Garzas, pelícanos, gansos y otras muchas aves. En la copa de un árbol, un águila marina lanzó un grito ronco que resonó a lo largo del río como aviso de que seres extraños llegaban. África empezaba allí.

Martin Audax, acodado en la barandilla de cubierta, contemplaba con curiosidad la puesta del sol.

El aire se llenaba por momentos de ruidos. A la calma de las horas precedentes sucedía aquella sinfonía de la naturaleza viviente. Millares de ranas, de cigarras, competían con los arpegios de las aves.

De cuando en cuando una ráfaga de aire llegaba impregnada del olor de la ciénaga y de la tierra inundada.

Habían salido de Jartum el día anterior. El yate había sido construido semanas antes en la misma capital sudanesa por personal especializado, bajo contrato con la productora cinematográfica. No era muy grande. Lo suficiente para cobijar al capitán, seis marineros y los quince componentes del equipo de «Noches Africanas». A él se había sumado, horas antes de partir río arriba, el productor del film, Charles Addinsell, llegado en avión directamente de Roma.

El yate remolcaba una embarcación de quince metros de eslora y seis de manga en que se transportaba todo el utillaje necesario para rodar.

Addinsell era un ejemplar típico del hombre de negocios americano que, después de triunfar en lo suyo, tiene arrestos para invertir parte de su capital en algo que desconoce, pero que está seguro ha de proporcionarle beneficios. Simpático, alegre, voluntarioso y con una facilidad extrema para asimilar las más insospechadas enseñanzas.

Habían dejado atrás Kosti y se acercaban a los rápidos de Abu Saled. Como aquel trayecto era peligroso para recorrerlo de noche, el capitán decidió echar el ancla junto a la orilla y esperar el nuevo día para cruzar aquel paraje del río.

Esta decisión fue la que Tom Ranglán acudió a dar cuenta a su amigo, sorprendiéndole en la contemplación del paisaje.

—¿Qué piensas hacer, Martin? —preguntó después.

—Respecto a qué.

—He oído que el yate continuará hasta Mongalla. Dentro de dos días llegaremos a nuestro destino. Tú has firmado un contrato que te obliga a permanecer con ellos durante cuatro o cinco semanas.

—Yo no soy el gran Timothy Gardner. Podrán pasarse sin mí. Al llegar a Kodok, los dejaremos plantados.

—Eso está bien. Otra cosa. Dijiste que me contarías cómo conseguiste que me admitieran en el viaje. ¿No crees que ya es hora? He observado que algunos me miran como si fuese un bicho raro.

—Conté a Addinsell una historia. Tienes un complejo de inferioridad. Sin mí eres hombre perdido. Te he liberado del suicidio en dos ocasiones. La última me costó bastante. Habías ingerido píldoras somníferas para matar a todos los elefantes de África...

—Es eso, ¿eh? —murmuró Ranglán haciendo una mueca—. Deben de pensar que también me cambias los pañales.

—¿Qué querías? ¿Qué te dejase en Jartum hasta mi vuelta?

Tom dio un gruñido y encendió el cigarrillo que Martin le ofrecía.

Betty Rhodas y Cameron Hoyt se dejaron ver por la popa.

—¿Qué opinas de ese romance? —inquirió Ranglán.

—No me gusta.

—Lo suponía.

—Las características de Cameron coinciden con la descripción de Richl que me hicieron aquellos *gangsters*.

—¿Y crees que se ha enrolado con los peliculeros para llegar adonde él cree se encuentra lo de Jones?

—¿No hemos hecho nosotros igual? Puede que se encontrase también sin blanca o que exista cualquier otro motivo. Además...

—¿Qué?

—Una mujer de gran hermosura visitó a Jonah Jones en su hotel. Era morena.

—¿Te refieres a Betty?

—Rechazo esa sospecha cuantas veces acude a mi mente, pero recuerdo a Jonah y me digo que todo ha podido pasar.

—Betty viene de Hollywood, y apuesto a que goza de un sueldo que a nuestros oídos sonará fabuloso... ¿Por qué se iba a aliar con un asesino?

—No es más que una conjetura, Tom. En las actuales circunstancias no nos podemos fiar de nadie. Recuerda la advertencia que me hizo el criminal en Jartum. Venía a decir: «Un paso más y es usted cadáver».

Después de la cena, Frank Byron mandó llamar a Martin a su camarote. Junto al director se hallaba Betty.

—Siéntese, señor Audax —dijo Byron—. Mañana entra en funciones y voy a aleccionarle sobre lo que quiero de usted.

Martin se sentó en una silla y el director consultó un libreto que tenía entre manos.

—Los planos que hemos de rodar mañana se refieren a una secuencia en que los protagonistas cruzan en balsa un río infestado de cocodrilos. Estos atacan la primitiva embarcación y uno de ellos la hace zozobrar. El galán lucha con un cocodrilo y logra clavarle un cuchillo en el corazón. Luego gana la orilla perseguido por los saurios. La dama se habrá salvado entretanto. ¿Se da cuenta?

—Sí, pero no querrá que pelee con un animalito de esos por quinientos dólares a la semana. No tendría viuda que se los pudiese gastar.

Byron sonrió.

—Esté tranquilo. La escena de la lucha con el cocodrilo la rodamos ya en Hollywood a base de trucaje. Ahora necesitamos unos planos de los saurios y otros de usted nadando en el agua y huyendo de ellos.

—¿A qué distancia quieren que estén los cocodrilos de mí?

—Pongamos cinco o seis yardas. Si no fuera el film en cinemascopio tendríamos que reducir la distancia a la mitad.

—Qué suerte, ¿verdad?

—Supongo que no irá ahora a decir que no sabe nadar. Tiene usted la configuración de un atleta.

—Sé bracear para no ahogarme. Nací en tierra, director. Pero avise a alguien para que cronometre mi carrera mañana. Puede que derribe el récord olímpico de velocidad.

Byron rio fuerte, pero Betty solo esbozó una sonrisa.

El director se levantó y dijo a la joven:

—Ocúpese usted de lo demás.

Betty y Martin salieron fuera y ascendieron a cubierta.

Hacía una noche maravillosa. El cielo estaba tachonado con miríadas de estrellas. En aquella parte del río, por la proximidad de los rápidos, se disfrutaba de una paz paradisíaca.

—¿Cómo le va con ese Cameron? —inquirió, de pronto. Audax.

—¿Y a usted con Margo? —retrucó la hembra.

—Yo pregunté primero.

Se detuvieron, mirándose fijamente. La luna los bañaba de luz plateada. Betty asintió, contestando:

—Me pedirá de un momento a otro que me case con él.

—La felicito. Usted ha ido más deprisa. No puedo decir lo mismo de Margo.

—¿Quiere insinuar que se casaría con ella si se lo pidiese?

—¿Por qué no? Es una mujer como las demás.

—Como las demás, no. Una actriz nunca lo puede ser.

—¿Y usted? También está metida en esa olla de locos. Me confesó que nunca había estado enamorada. Tarde o temprano será como Margo.

La muchacha se mordió el labio inferior.

—Yo nunca recibiré de madrugada en mi apartamento a un hombre acabado de conocer.

—Así que está al corriente de lo que pasó. ¿Espionaje?

—¿Quién se cree qué es? —repuso Betty con evidente excitación—. A la mañana siguiente lo comentaban en sus conversaciones todos los empleados del hotel...

—Me temo que nos hemos apartado de la cuestión. ¿Se va a casar con Cameron si se lo pide?

—¿Le importa a usted algo?

—Sí.

La pronta y seca afirmación de Martin dejó a ella sin habla. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Por qué ha de importarle?

—Supongamos que le digo que es porque la quiero, que me dejó K.O. la primera vez que la vi, que sueño con usted despierto, que estoy deseando estrecharla entre mis brazos...

—Pise el freno ya, Martin.

—Estoy en tercera y me estrellaría. Suba conmigo al coche y contemplará un paisaje de fantasía oriental.

—Con la velocidad no lo vería.

Él le prendió las manos y murmuró:

—Betty...

Ella enarcó las cejas y repuso:

—¿Cuándo habla en serio y cuándo en broma, Martin?

—En mi vida he hablado más en serio que ahora.

—Conozco a los hombres de su clase. No es más que un aventurero, Martin. Toma de la vida lo que puede, sin pensar en la trascendencia de sus actos, para usted solo cuenta el presente. No hay pasado ni futuro. No me ataré jamás a un hombre que tenga

esos conceptos. Ahórrese la otra mitad de la representación.

—¿Piensa así de mí? ¿Cree que todo esto es pura comedia?

—Estoy convencida de ello. Su misma presencia entre nosotros lo acredita.

—¿Y si hubiesen existido otros motivos?

—No someta su imaginación a un esfuerzo excesivo.

Martin apretó los puños de rabia.

—Ahora siento deseos de arrojarla por la borda, Betty.

—Es la actitud típica del que se ve contrariado difícilmente alguna vez.

—Tiene respuesta para todo, ¿eh? No desmiente el cargo que ocupa con estos fabricantes de ilusiones falsas e hipócritas. Ha llegado a él utilizando su inteligencia. No le ha hecho falta lucir el palmito como a Margo Cukor. Es todo cerebro, eficiencia y capacidad. Él no va más de la mujer de la era atómica. Pero le diré algo que quizá no haya oído antes de ahora. Carece de alma, Betty. Es lo único que le falta, pero da la casualidad de que es indispensable para ser mujer. Respira, come, trabaja, pero no vive. Usted es como una momia.

—¿Yo una momia?

—¡Y lo repito! ¡Como una momia! ¿Sabe lo que haría con usted? ¡Meterla en un envase lleno de alcohol y mostrarla al Museo de Ciencias Naturales de Nueva York con un cartel que dijese: «Ejemplar en máquina humana conseguido en laboratorio!»

El pecho de la joven se agitó presa de un creciente vendaval.

—Usted... ¡Usted es un hombre de las cavernas!... ¡Y tiene más derecho que yo a un puesto en ese Museo!

Martin adoptó un aire digno, replicando:

—Señorita Rhodas, le ruego me informe sobre mi actuación de mañana como ha ordenado lo haga el director...

Betty lo miró retadoramente, con las pupilas centelleantes, exclamando al fin:

—A las diez de la mañana ha de ver al señor Marshall! ¡Él le proveerá de cuanto necesita! —giró sobre los talones y empezó a andar rápidamente, pero a los cuatro pasos se detuvo y volvióse para añadir—: ¡Entérese!... ¡No piense que voy a derramar una lágrima si se lo comen los cocodrilos!

Martin sonrió al verla alejarse rumbo al camarote, con la cabeza erguida.

Él se fue también al suyo que compartía con Tom.

Ranglán dormía como un bendito.

Se desnudó y acostó en la litera apagando la luz con el

conmutador que había a la cabecera.

El encuentro con Betty lo había desvelado. Si por una parte no podía estar satisfecho por las palabras que se habían cruzado entre ellos, había eliminado definitivamente las sospechas que le corroían el corazón.

¿Había expresado realmente Betty su pensamiento respecto a él?... En tal caso no le era indiferente. Al recordar su rostro, cuando la acusó de ser una momia, no pudo por menos que soltar una carcajada.

Cuando dejó de reír, continuó oyendo en el camarote una especie de silbido.

Tom nunca había roncado mientras dormía. Era un auténtico leño. Se habría resfriado. Aquel clima era muy traidor.

Se puso de un lado pero continuó oyendo con más insistencia el silbido.

Formuló un propósito. Contaría hasta cien. Si para entonces continuaba el sonsonete, despertaría a Ranglán, y le obligaría a cubrirse la cabeza con la almohada.

Empezó a contar.

Cuando estaba por el cincuenta, sintió que tiraban levemente de la sábana, por los pies.

Tuvo un extraño presentimiento. ¡El silbido procedía ahora de su misma litera! Algo se arrastraba por encima de su cuerpo a la altura de las espinillas.

Enderezóse a pulso y dio vuelta al conmutador.

Lo que vio lo dejó electrizado.

Era una serpiente, gruesa como su muñeca y de más de un metro de longitud.

El reptil también lo vio a él y detuvo su avance.

Martin tragó saliva y echó una mirada a la chaqueta colocada en el respaldo de una silla que se hallaba... ¡a dos yardas de la litera! No, no podía alcanzar la pistola sin levantarse.

El ofidio empezó a erguirse, a hinchar su triangular cabeza. La lengua salía y entraba de su boca como un estilete negro.

Martin sabía lo que ocurriría si se movía una sola pulgada... La serpiente atacaría como un rayo.

Su única salvación estaba en Tom. Lo maldijo por no tener un sueño más ligero. Era capaz de dormir horas y horas con la bombilla encendida.

Debía proceder aprisa, muy aprisa.

—¡Tom! —gritó.

Ranglan no dio la menor señal de despertar.

—¡Tom! —repitió con más fuerza y el resultado fue el mismo.

¡Escapar de una guerra para morir de una mordedura de serpiente!

¡La guerra! ¡Sí, cantarí­a como cuando estuvieron copados por los alemanes en el sector de Bastogne!

Con los ojos fijos en el reptil empezó a cantar con voz de bajo:

«Un, dos, tres.

Tu tía dejaste al venir. ¡Eso sí!

Tu suegra dejaste al venir. ¡Es igual!

Tu novia dejaste al venir. ¡Tris, tras!

Un, dos, tres.

¡A contar! ¡El total»!

Repitió tres veces el estribillo mientras se anegaba en un sudor frío y la serpiente seguía preparándose para el ataque.

Tom se movió en la litera de arriba. Martin inició la canción por cuarta vez.

—¡Eh, Martin! —exclamó Ranglán de repente—. ¿Es que no tienes más horas para cantar que esta?

La respuesta de Audax fue:

—«Tu suegra dejaste al venir. ¡Es igual»!

—¿Qué demonios te ocurre? Seguro que has bebido una copa de más...

—«Tu novia dejaste al venir. ¡Tris, tras»!

Martin no acertaba a decir otra cosa porque, desorbitando los ojos pretendía hipnotizar a la serpiente con ayuda de la canción.

—Tom asomó la cabeza.

—¿Quieres callar...? —dejó en suspenso la pregunta y la nuez le bailó en la garganta al contemplar la escena que se ofrecía ante sus ojos.

Se descolgó rápida y silenciosamente, se acercó adonde estaba su chaqueta, sacó la pistola, apuntó y apretó el gatillo.

Sonó un disparo. El proyectil penetró en la cabeza del reptil, lanzándolo atrás.

Martin pegó un salto abandonando la litera, quitó­le el arma a su amigo y disparó dos veces más sobre la serpiente, que se debatía con furia infernal.

Al poco rato, el animal quedó inerte y los dos amigos, al unísono, emitieron un suspiro de alivio.

Llamaron ruidosamente a la puesta y Martin franqueó la entrada al capitán de la nave y a uno de los miembros de la

tripulación, quienes quedaron atónitos viendo lo que había sobre la litera inferior.

—¿Es frecuente este caso entre las embarcaciones que cruzan el Nilo, capitán? —preguntó Audax.

—En las viejas ocurre alguna vez, pero en este yate... Indudablemente se le escapó a algún encantador de Jartum y se metió aquí...

Martin vio el ojo de buey abierto. Daba a cubierta. Pudo entrar por allí... o ser arrojado desde fuera.

El capitán ordenó al marinero que lanzase al agua la serpiente y cambiase la ropa de la litera en que había sido muerta. Algunos pasajeros fueron llegando, los cuales, después de satisfacer su curiosidad tornaron a sus camarotes.

Cuando los dos compadres volvieron a quedar solos, Tom comentó:

—Ese tipo está aquí, Martin. Ahora no hay duda alguna.

—Es posible, pero también pudo ser un cómplice.

Audax cerró el ojo de buey, examinó punto por punto todo el camarote y luego, se acostó no tardando en conciliar el sueño.

CAPÍTULO VIII

El yate cruzó los rápidos de Abu Saled y ancló en un lugar donde el río alcanzaba una gran profundidad. En una de las orillas, tomando el sol, había más de veinte cocodrilos que se lanzaron al agua en cuanto vieron aproximarse la embarcación.

Durante la hora siguiente se prepararon las máquinas tomavistas en la cubierta del yate.

Cuando los técnicos estuvieron a punto se avisó al director, el cual apareció en compañía de Betty Rhodas.

Audax vestía una sudada camisa hecha jirones por algunos sitios, y unos sucios y rotos pantalones, iba con los pies descalzos.

Un hombre trajo un cubo que contenía trozos de carne y a una señal de Byron empezó a arrojarlos al río.

No tardaron mucho los cocodrilos en olfatear el festín y empezó a verse su dura piel sobresaliendo del agua.

—¡Ahora, Audax! —gritó Byron—. ¡Y recuerde!... ¡No vuelva la cabeza hacia la cámara!... ¡Usted es Timothy!... ¡Vaya derecho a la orilla de enfrente! ¡Nosotros le seguiremos y antes de que le alcancen los cocodrilos podrá ganar la escala...!

—¿Y si llegan antes ellos?...

—¡Olvídese de eso! ¡Tírese ya!

Martin inspiró profundamente y se zambulló...

Su cuerpo desapareció en el río y cuando volvió a la superficie empezó a nadar vigorosamente hacia el lugar que le habían indicado.

Los cocodrilos habían dado ya buena cuenta del cebo y se lanzaban en persecución de la nueva presa.

El ayudante del director dio un golpe de claqueta ante el objetivo de una cámara y anunció:

—¡Plano 158 de «Noches Africanas»! ¡Se rueda!

El yate, conducido por el piloto previamente aleccionado, siguió a Martin en tanto tres cámaras tomaban la película de la escena desde ángulos distintos.

Byron había ordenado filmar la escena sin sonido alguno, dejando para el laboratorio la inserción de la banda correspondiente. Tal decisión estaba justificada por el ruido producido por el motor del yate.

Martin nadaba con movimientos acompasados, manteniendo el

ritmo.

Pero de pronto los cocodrilos, que también hasta entonces habían seguido una velocidad uniforme, cortaron más raudos el agua.

—¿Qué es eso? —inquirió, alarmado, el capitán de la embarcación, al lado de Byron.

Todos los que se hallaban en cubierta pudieron ver que los saurios acortaban rápidamente la distancia que los separaba del doble de Timothy Gardner.

—¡Aumente la velocidad del yate! —ordenó Byron.

El capitán corrió a la cabina del piloto.

—¡Cuidado, Martin!... —chilló Tom Ranglán, poniéndose las manos en forma de bocina—. ¡Aprieta, muchacho, que te cogen...!

El yate aumentó la velocidad demasiado tarde.

Era indudable que, de mantener los cocodrilos su carrera, llegarían antes a la orilla.

Audax, percatado del inminente peligro, apretó también dando de sí cuanto podía.

Las cámaras no perdían detalle de la escalofriante coyuntura.

Poco a poco, pero irremisiblemente, los cocodrilos se acercaban a Martin.

El joven, en un esfuerzo sobrehumano, tocó la orilla, pero era tan alta por aquella parte que su cabeza no llegaba al suelo cubierto de maleza. Se asió a esta para subir, pero los tallos eran muy tiernos y se rompieron, cayendo de nuevo al río.

Sus perseguidores estaban a punto de darle alcance. Él yate recuperaba la ventaja que aquellos le habían ganado.

Tom Ranglán sacó la pistola y comenzó a disparar contra los cocodrilos.

Betty Rhodas se mordía un puño, sintiendo que el corazón le galopaba en el pecho.

Martin logró cogerse a una raíz seca que bajaba hasta el agua y, dando un salto prodigioso, se sentó en la tierra y sacó las piernas del agua en el instante en que el cocodrilo de la vanguardia abría la boca para atacarlo.

El yate se aproximó a la orilla y el joven trepó por la escala con la agilidad de un mono.

Cuando pisó la cubierta contempló una docena de rostros demudados.

—Bien —dijo sonriente, mirando a Byron—. ¿Cómo salió eso?

El director desató el nudo que tenía en la garganta y luego murmuró con voz apenas audible:

—Estupendo... Audax...

—¿Estupendo dice? —gritó uno de los espectadores—. ¡Es lo más extraordinario que he filmado en mi vida!... ¡Ha desbancado a todos los intérpretes de Tarzán...!

Tom Ranglán se acercó a su amigo y le tocó brazos y piernas.

—¿Estás entero, muchacho? Creí que tendrías que enterrarte a pedazos.

Martin observó la palidez que había en la cara de Betty.

—¿De veras que no hubiese derramado una sola lágrima? —le preguntó, sonriente.

La secretaria apretó los labios y volvió con fiera el rostro a otro lado.

Margo puso su bella mano en el pecho del doble, diciendo:

—¡Oh, Martin, qué fuerte eres....!

Timothy Gardner, vistiendo un immaculado traje tropical, se quitó de los labios el cigarrillo emboquillado que fumaba y comentó sarcástico:

—Me podía haber hecho un favor, Audax. Si esos bichos le devoraban, hubiese abandonado mi trabajo, ya que usted era yo...

—Se lo puedo hacer todavía.

—¿Sí?

—Arrojándolo al río para que se coman el original. También así dejará de trabajar.

Martin hizo ademán de ir por Timothy y este reculó, gritando despavorido:

—¡No me ponga la mano encima!.... ¡Señor Byron...!

Audax soltó un salivazo y se encaminó al camarote, seguido de Tom.

Cuando aquel se secaba con una toalla, llamaron a la puerta y entró el capitán.

—¿Qué tal, señor Audax? Buen susto ha pasado.

—La vida sería monótona sin estas emociones.

—¿Me permite ver el traje que llevaba?

—¿Llama traje a esto? Bien, cójalo...

El capitán recogió del suelo el pantalón y la camisa y los examinó cuidadosamente. Al cabo de un rato dijo:

—Lo que me imaginaba.

Martin lo miró con la frente arrugada.

—¿Qué es lo que imaginaba?

—Han intentado que usted no volviese al yate, señor Audax. Y ahora comprendo que lo de anoche fue otro conato de homicidio.

—Hábleme de lo de ahora. ¿A qué se refiere concretamente? No

me irá a asegurar que el asesino tiene domesticados a los cocodrilos.

—No, señor. Ha sido más fácil que eso.

El capitán volvió del revés los bolsillos del pantalón y los dos compañeros pudieron verlos manchados de negro.

—Eso lo hicieron los encargados del vestuario —indicó Martin—. ¿No ve que debían parecer viejos y sucios? Aunque bien mirado, los forros de los bolsillos no debían aparecer en la pantalla...

—Es grasa de antílope, señor Audax.

—¿Grasa de antílope?

Un olor fuerte iba invadiendo paulatinamente la atmósfera del camarote.

—¿No lo nota? —repuso el capitán—. Es el aroma más poderoso que existe para atraer a un cocodrilo. Todos los pueblos ribereños del Nilo lo saben.

—Así que usted cree que han impregnado los bolsillos con esa grasa intencionadamente... —sugirió Tom.

—Sí, capitán —confirmó Martin—. Lamento decirle que no se equivoca. Gracias por el informe.

—Dígame quién es su enemigo y lo detendré, señor Audax. Puedo entregarlo en el primer puesto de la policía que toquemos.

—Agradezco su buen deseo, capitán, pero sin pruebas no puede hacerse ninguna acusación.

—Como quiera, señor Audax. Estoy a sus órdenes.

El sudanés salió del camarote.

—¡Y un pepino, Martin! —exclamó, enseguida, Tom—. ¿Por qué no le has dicho que el tipo es Cameron Hoyt?

—¡Te repito que no hay pruebas!

—¿Qué más pruebas quieres que las que tienes? ¿O es que necesitas tu cadáver para convencerte?

—Hay algo que no fallará.

—¿Qué cosa?

—No nos separaremos de la expedición en Kodok. Seguiremos con ellos hasta Tonga. Allí podré saber con certeza si Cameron es nuestro hombre. Recuerda que en el mapa que falsifiqué señalaba Tonga con la línea roja... Siempre tendremos tiempo para volver a Kodok después y descifrar el jeroglífico de Jonah Jones... Te puedo asegurar, una cosa, Tom. He dejado de recibir. A partir de ahora seré yo quien golpee...

CAPÍTULO IX

Dos días más tarde, por la mañana, el yate llegó a Tonga.

Martin que había pasado frente a Kodok sintiendo aplazar el descubrimiento del secreto que lo había llevado hasta aquel confín del mundo, estaba dispuesto a pegarse a Cameron como la sombra al cuerpo.

El día anterior había logrado una valiosa información. El intérprete partiría de Tonga, siguiendo instrucciones de Byron para dirigirse al sudoeste y tomar contacto con una tribu nuer. El objeto de la misión era conseguir la colaboración de los indígenas en el rodaje de la película.

Así, pues, de una manera u otra, tenía que unirse a él, ya que marchar tras sus pasos ofrecía demasiados inconvenientes. Era el riesgo que había de correr puesto que, si Cameron era Hans Richl, no desaprovecharía la magnífica oportunidad que él mismo, Martin, le brindaba para rectificar los dos abortados sabotajes.

Cuando la marinería echó el ancla, Martin subió a cubierta y esperó pacientemente.

Llevaría quince minutos en la misma actitud cuando vio aparecer a Cameron, dispuesto para emprender el viaje.

—¿Cómo está, Hoyt? —le saludó—. Me he enterado de que va al país de los nuers y quisiera pedirle un favor.

—Si está en mi mano complacerle, cuente con ello.

—Quisiera ir con usted. No he visto nunca de cerca una tribu salvaje y, ya que se me presenta esta ocasión, me he dicho que no debo perderla.

Cameron se quedó unos segundos pensativo y contestó al fin:

—Por mi parte no hay inconveniente. Vea a Marshall y que le entregue un equipo de calzón corto como el mío, una cantimplora con agua, una mochila con provisiones y un rifle. Lo esperaré aquí. ¡Y no olvide el salacot!

Martin se marchó y regresó media hora más tarde vistiendo la indumentaria exigida.

—Parece usted un cazador profesional —comentó, sonriendo, Hoyt.

Bajaron a tierra y siguieron la orilla del río hasta encontrar un sendero entre los papiros, por el que se internaron.

Durante las dos horas siguientes cruzaron una llanura reseca sin

apenas cambiar palabra. Por fin dieron vista a un terreno escabroso, y a la puesta del sol caminaban por el monte.

De improviso se encontraron el paso cortado por un precipicio de unos seis metros de anchura entre cuyas paredes, al fondo, se precipitaba un fragoroso torrente.

—Debe de haber algún puente por algún sitio —dijo Cameron—. Los nuers acuden a Tonga a comprar lo que necesitan.

La oscuridad empezaba a sombrear la tierra.

Siguieron andando por el borde del precipicio, y al cabo de unos minutos Martin exclamo, señalando con la mano al frente:

—¡Allí está...!

Era un rústico puente hecho con simples maderos unidos entre sí con bejucos, cuyos extremos se ataban a las rocas cercanas.

—Bien, Audax —dijo Cameron—. Esperaré a que pase usted primero. El puente no podría sostenernos a los dos. Todos los años los nuers tienen que sustituir las tablas. Son maderas que se pudren enseguida. Pero esperan a que acabe la última estación de las lluvias para hacer el cambio.

Martin sopesó la propuesta y la declinó con una sonrisa.

—Usted primero, Hoyt. Es el jefe de la expedición.

El intérprete asintió meneando la cabeza, y se internó por el puente que comenzó a oscilar peligrosamente. Las lianas de la cabecera se atirantaron y crujieron. Los maderos soltaron gemidos de impotencia.

Cameron logró llegar a la otra parte sin contratiempo.

—Ahora le toca a usted, Audax. Avance con las piernas abiertas ligeramente en compás. Distribuirá así el peso.

Martin empezó a cruzar. Bejucos y tablas reanudaron el ominoso concierto.

De repente, cuando se hallaba en la parte media, un crujido más ruidoso hizo tambalear el puente.

Audax se agachó colocando una rodilla en los tableros, y miró adonde se hallaba Cameron. Lo vio en cuclillas con la mano cerca del bejuco más fuerte que sostenía el andamiaje. ¡Estaría cortándolo...!

Martin sacó la pistola que había guardado bajo la camisa y ordenó con voz rabiosa:

—¡Quieto, Hoyt, o le aseguro que le levanto la tapa de los sesos antes de caer abajo...!

Cameron se incorporó con el ceño fruncido.

—¿Se ha vuelto loco, Martin?

—Déjese eso y retroceda un par de yardas con las manos en alto.

El intérprete obedeció.

Audax reanudó el paso, haciéndolo ahora más lentamente.

Otra vez cedieron las ataduras, y el puente descendió unas pulgadas, combándose entre siniestros chirridos.

Desde el fondo de la cortadura llegaba el cavernoso gorgoteo del agua.

Martin continuó avanzando, y cuando vio que el andamiaje se iba al fondo, dio un tremendo salto y cayó sobre el suelo.

—Por fin, Audax —dijo Cameron—. Creí que no lo conseguiría.

—No, ¿verdad? —repuso el aludido, volviendo a la verticalidad—. De la misma forma que tampoco creyó que me libraría de la serpiente y de los cocodrilos...

—No le comprendo.

—Yo le ayudaré a entenderlo, compañero. Arroje el rifle lejos de sí y quítese el equipaje.

Cameron tiró el arma a unas yardas y dejó caer el equipo.

—Estupendo, Hoyt... Es un hombre que sabe lo que le conviene.

—¿Qué va a hacer ahora, Martin?

—Pegarle la mayor paliza que haya recibido en su vida.

Cameron sonrió, contestando:

—¿Es eso? No le va a resultar fácil. Fui campeón amateur de los medianos ligeros en la Universidad.

—Yo no he ido a la Universidad —replicó Martin, despojándose de lo que le estorbaba, luego de lanzar la pistola a un lado—. Mi único entrenamiento lo tuve en las calles de mi pueblo natal.

—En tal caso debiera concederle alguna ventaja.

—¿Cómo por ejemplo?

—Hacerle el favor de noquearlo al primer golpe.

—Tiene mi conformidad... si puede.

Cameron avanzó con los puños en guardia, hizo una finta con el izquierdo mientras giraba alrededor de su rival, y disparó el derecho. Martin lo blocó, replicando con un crochet que llegó al pómulo del otro.

—No está mal —dijo Hoyt, retrocediendo.

—Gracias, espere a lo que viene.

Ahora Martin tomó la ofensiva. Se acercó a Cameron jugando hábilmente las piernas, y descargó un terrible mazazo en el plexo solar que tenía delante.

Hoyt estuvo tardío en el esquivo, y salió lanzado hacia atrás, desplomándose. Se incorporó al instante sin borrar la sonrisa de los labios.

—¿Decía algo, campeón? —preguntó Martin.

—¿Ha oído hablar del uno-dos-tres de Rocky Marciano?

—Paparruchas para la galería.

—Le voy a demostrar lo contrario.

El intérprete giró nuevamente, se detuvo de pronto y disparó la zurda, alcanzando el mentón de Martin. Al arrugarse este, le conectó la diestra en el hígado, y finalmente golpeóle el corazón con la izquierda.

Audax se abatió como herido por un rayo. Cameron dijo:

—Mande recuerdos de mi parte a Marciano cuando le escriba.

Martin se puso en pie con las pupilas chispeantes de furor y precipitóse en tromba sobre su antagonista al que castigó el estómago repetidamente, acompañándolo en su retroceso. Cuando oyó un gemido lanzó un gancho, y la mandíbula de Hoyt sonó a cascajo antes de que su cuerpo se derrumbase estrepitosamente a tierra.

Entonces empezó una encarnizada batalla. Fueron olvidando poco a poco las reglas del boxeo, y bajaron la guardia, buscando el golpe definitivo que decidiese la pelea.

Los puñetazos se sucedían alternativamente, casi con matemática precisión.

Eran dos salvajes gladiadores empeñados en una lucha sin cuartel.

A los pocos minutos, Cameron tenía un ojo tumefacto y una grieta en una mejilla, por la que le manaba sangre.

Martin sangraba también por la comisura de los labios, aun cuando su rostro permanecía intacto.

Hoyt se encontró en buenas condiciones para colocar un golpe, y lanzó el puño como una centella. Martin bloqueó, doblando la cintura, y cuando el brazo de su enemigo le pasó por el hombro, contestó con un terrible izquierdazo.

El intérprete soltó un aullido y cayó una vez más, pero se incorporó, tragando aire entre jadeos.

Se quedaron quietos, mirándose, aunando las energías para el último esfuerzo. Uno u otro irremisiblemente se abatiría ahora fuera de combate.

Iniciaron el último asalto sin adoptar ninguna táctica defensiva, con los brazos bajos y moviéndose lentamente.

Hoyt se precipitó. Agachóse y se entregó totalmente en el disparo. Una décima de segundo después lanzó su puño Martin. Se produjo un choque, una contra escalofriante, entre el maxilar de Cameron y los nudillos de Audax.

El intérprete se desplomó, como si súbitamente se hubiera

convertido en plomo, y quedó inerte.

Martin lo miró unos segundos, se desplazó renqueante, y cogió la cantimplora y la pistola.

Luego bebió un trago de agua y sentóse en una roca para descansar.

Hoyt empezó a moverse y se irguió un poco más tarde.

—Ahora es usted el campeón, Audax —declaró—. ¿Me da agua?

Martin le arrojó la cantimplora.

Después de beber, Cameron se pasó la mano por la boca y dijo:

—No creí que sus celos le llevasen a luchar como lo ha hecho. Debe de sentir un odio feroz contra mí.

—¿Celos? Está equivocado. Aunque es cierto que le odio por la manera como liquidó a mi amigo y por los intentos de eliminarme a mí.

—A veces pienso que hablamos distinto idioma. ¿Piensa, de veras, que yo le metí la serpiente en el camarote y azucé los cocodrilos contra usted? Pero contésteme antes a lo otro. ¿A qué amigo suyo he liquidado yo?

Martin apretó la culata de la pistola.

—Jonah Jones —contestó con voz ronca.

Cameron mostró el asombro que el oír aquel nombre le producía.

—Jones... Jones —repitió como un eco.

—Lo recuerda, ¿verdad?

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Usted era amigo de Jonah Jones? ¿Y cree que lo maté yo?

—Demuéstreme que estoy equivocado.

—¡Puedo hacerlo al instante! Jonah y yo éramos compañeros. Nos dedicábamos al mismo trabajo, es decir, perseguíamos idéntico fin.

—No le falta palabrería, pero esta vez no le valdrá de nada.

Cameron sacó la cartera del bolsillo superior de la camisa y extrajo de ella una tarjeta.

—Léala —dijo, tirándosela a su interlocutor.

Martin la observó. Era una credencial con foto carnet matasellada de Investigador de la Compañía de Seguros Mac Dugal de Ámsterdam, Holanda, a favor de Cameron Hoyt.

CAPÍTULO X

—No le sirve —repuso Martin, devolviendo la tarjeta a Hoyt—. Sé que es fácil conseguir toda clase de documentación aparentemente en regla.

—Le diré lo que Jonah Jones buscaba y se convencerá.

—Eso también lo sé. Un mapa. El que yo tengo. Cameron abrió los ojos asombrados.

—¿Tiene usted el mapa de Jones?

—No se haga de nuevas. De comediante pasa usted a ser bufón. Es un papel que no le va.

—Escuche, Audax. Hace dieciséis meses salió un avión de Johannesburgo rumbo a Holanda. Solo viajaban en él cinco hombres. Dos pilotos, un inspector de la Compañía Mac Dugal, y dos policías sudafricanos. Transportaban un cargamento de diamantes por valor de tres millones de dólares. El avión rindió etapas en Salisbury, Rhodesia del Sur, en Muamza, Tanganica, y en Juba, Sudán. La siguiente etapa terminaba en El Cairo. El aparato salió de Juba, pero nunca llegó a la capital egipcia. Durante veinticuatro horas no se supo nada de él. Salieron aviones de socorro de diversos aeródromos y uno de ellos logró descubrir los restos del transporte. Se hallaba en el fondo de un barranco, cincuenta millas al norte de Juba, en un lugar deshabitado. Cuando la expedición de socorro llegó a aquel barranco, hallaron cuatro cadáveres. Los de los dos policías, el del inspector y el de uno de los pilotos. Faltaba el otro piloto y los diamantes. No había rastro de ellos. ¿Qué había pasado? Se pensó en un principio que el piloto superviviente, Leopold Clerici, había cogido los diamantes, emprendiendo la marcha en busca de alguien que lo auxiliase. Más al otro día, Clerici se presentó en Juba y contó lo sucedido. Poco después de abandonar esta localidad, empezó a arder un motor del avión. Intentaron retroceder, pero era demasiado tarde. Perdieron altura y entonces, Clerici, segundos antes de que sobreviniese la catástrofe, se arrojó en paracaídas. El fuerte viento lo alejó muchas millas del lugar en que el avión se estrelló. Al pisar tierra se orientó en el camino de Juba, adonde llegó tras una corta odisea.

Cameron hizo una pausa para inspirar profundamente y secar el sudor que le bañaba la cara. Luego, prosiguió:

—Se pensó entonces que los diamantes habrían sido robados

por alguna tribu nómada que pudo hallarse cerca del sitio en que el avión se estrelló. El caso es que la firma propietaria de los diamantes exigió a la Compañía Aseguradora Mac Dugal, el pago del valor contratado, la cual abonó la importante cantidad objeto de la póliza. Cómo puede suponer, la Mac Dugal comisionó a varios de sus investigadores. Uno de ellos fui yo. Nos dedicamos durante meses a recorrer la parte meridional del Sudán, visitando a los shilluks, donkas, nuers, diurs y muchos pueblos morus. Nuestras pesquisas resultaron totalmente infructuosas. De pronto recibimos todos orden de regresar a Ámsterdam. Allí nos comunicaron la nueva. Leopold Clerici había rescindido a petición propia, el contrato que le ligaba a la Compañía Aérea en que prestaba sus servicios.

—¿Qué motivo alegó? —inquirió Martin cada vez más interesado en el relato.

—Deseaba casarse y establecerse en Túnez. Tenía algunos ahorros y quería instalar un hotel en Constantina.

—Los de Mac Dugal pensaron que Clerici había escondido los diamantes y que, tarde o temprano, iría por ellos.

—Así era. El caso se ha repetido infinidad de veces en los anales de la delincuencia. Por lo tanto, se decidió someter a Clerici a una estrecha vigilancia. Yo continué al frente de la investigación.

—¿Y qué hizo usted?

—Mi hombre no me conocía. Me dejé caer por su flamante hotel en Constantina, haciéndome pasar por un rentista enamorado del suelo africano. Llegué a entablar una gran amistad con él y su esposa, una hermosa francesa. En el hotel había otros huéspedes permanentes. Entre ellos me llamó la atención un hombre de vasta cultura. Clerici me lo presentó como antiguo compañero de armas. Se hacía llamar Gino Monti. Yo había de estar ojo avizor. Si nuestra hipótesis era cierta, Clerici podía utilizar un cómplice para recoger los diamantes de donde los hubiese escondido.

»El tiempo iba pasando y yo me sentía defraudado. Empecé a pensar que todos nuestros esfuerzos por llegar a la verdad del asunto habían sido palos de ciego. Hasta que un día, Clerici me comunicó que salía de viaje. Entonces renacieron mis esperanzas. Se marchaba con Monti a El Cairo a ver si entre los dos se quedaban con un hotel. Yo me mostré interesado turísticamente por el viaje, y los obligué a que me aceptasen como compañero.

»Una vez en la ciudad del Nilo, a pesar de que no quería dejarlos a sol ni a sombra, se zafaron de mí con el pretexto de ventilar el negocio que los había llevado allí. Al regreso sorprendí a Clerici

observando un papel, el cual se apresuró a esconder sobresaltado. Le pregunté por el resultado de la entrevista con el vendedor del hotel, y me contestó que Monti y él habían decidido renunciar a la operación, en vista del alto precio solicitado. Monti aceptó la propuesta que se le hizo a fin de construir un yate en Jartum para una productora cinematográfica que iba a rodar una película en el Sudán. Clerici se quedaría todavía algunos días en El Cairo.

»Tenía que decidirme por ir con uno u otro. Consideré más interesante el plan de Monti. Jartum estaba más cerca que Constantina del lugar donde podían hallarse los diamantes. Afortunadamente, en mi habitación me esperaba un hombre que había enviado la Compañía para ayudarme. Era Jonah Jones, un plantador de Sudáfrica, que había dejado la agricultura por la investigación. Mis patronos lo contrataron porque en Transvaal había tenido oportunidad de relacionarse con todo lo que se refería a diamantes. Pensé que me lo enviaba el cielo. Él se quedaría con Clerici. Le puse al corriente del papel que había descubierto en poder del antiguo piloto y me marché con Monti a Jartum.

»Efectivamente, como había dicho el italiano, contrató la construcción del yate, reservó habitaciones y realizó cuantas gestiones se relacionaban con la llegada del equipo cinematográfico. Por un azar cogí unas fiebres malignas que me tuvieron dos semanas en cama. Yo veía todos los días a Monti, y consideré poco oportuno el pedir mi relevo. Siempre pensaba que al día siguiente el doctor me daría de alta. Un día dejó de visitarme Monti, y veinticuatro horas más tarde me comunicaron que había sido encontrado muerto en una calle de los suburbios de Omdurmán.

»Le habían pegado un tiro en el corazón. Las cosas se complicaban. En cuanto pude ponerme en pie volví a El Cairo, donde me encontré con la sorpresa de que Clerici también había sido muerto por unos desconocidos que lo acuchillaron de noche por la calle. Eso no era lo peor. Jonah Jones había desaparecido. No tenían noticias de él en el hotel en que me había dicho se alojaba. Me metí en mi apartamento con humor de mil diablos. Había fracasado. De pronto sonó el teléfono. Era Jonah Jones. Se había enterado, llamando al aeropuerto, que acababa de llegar. Me dijo que tenía el mapa del lugar donde estaban escondidos los diamantes, que llevaba varios días cambiando de refugio, porque lo estaban persiguiendo y temía diesen con él. Me citó en una casa de una calle poco frecuentada, a las dos de la mañana... —Cameron meneó tristemente la cabeza—. Usted sabe que esa cita nunca se celebró. Lo mataron cuando se dirigía a ella.

—Pensar que quizá lo pude haber salvado —se lamentó Martin—. ¿Por qué demonios no se franqueó conmigo?

—Al no verle llegar tuve el presentimiento de que algo le había pasado. Telefoneé a la policía y me informaron de lo ocurrido. Entonces me desesperé más que nunca. Pero vi el anuncio solicitando intérprete para los expedicionarios cinematográficos, y decidí jugar la última carta. Al fin y al cabo, Monti se había relacionado con ellos, y se dirigían al Sudán meridional. Quizá la suerte, que se me había mostrado tan esquiva hasta entonces, cambiase a partir de aquel momento...

Martin se quedó un rato pensativo y declaró:

—Si no es cierta su historia, se ha ganado un puesto al lado de Andersen y los hermanos Grimm.

—Lo es.

—Me voy a arriesgar a creerlo —sonrió Martin.

—¿Cómo ha llegado a su poder el mapa que logró Jones?

Audax relató la muerte de Jonah, extendiéndose en lo referente a los paraguas. Luego hizo mención de cuanto le había venido ocurriendo desde que salió con Tom de El Cairo.

—Después de oírlo, Cameron —manifestó más tarde—, he llegado a la conclusión de que usted es conocido por ese asesino que ellos llamaron Hans Richl. Quisieron confundirme dándome una identificación falsa, la suya. Rubio con ojos verdes. Hasta ahora se ha salvado porque no ha interferido sus planes. Yo estoy sentenciado porque vi el mapa, y no me he apartado del camino que conduce al tesoro. Al menos, Richl lo cree así.

—¿Por qué?

—Los diamantes se encuentran en un monte situado a seis millas al norte de Kodok. He venido hasta Tonga para dar con el asesino de Jonah. Creí que era usted, y por ello le he acompañado. Pensé que venía a recoger el botín.

—Y se ha esfumado la oportunidad de desenmascararlo.

Martin dio un suspiro.

—No se ha perdido todo. El hecho de que persiguiese a Jonah indica que el llamado Richl no conocía el mapa. Por lo tanto, continúa desconociendo el verdadero. Ahora, cuando descubra que me he burlado de él, se lanzará sobre mí como un halcón sobre un pajarillo.

—Lo malo para, él es que usted no es tal pajarillo, sino un león —sonrió Hoyt.

—Quizá sea también más exacto decir que él es un chacal sanguinario. Mató a Clerici y a Monti para no compartir con ellos el

botín, buscando en sus cadáveres el mapa que necesitaba. A Bucht y Joe, porque se convirtieron en rivales, y al pobre Jonah por la misma razón que a los dos primeros.

—¿Cuál es su hipótesis, Martin? He oído decir a su amigo que en América vende ideas.

—Mi hipótesis es la de que Richl fue el cerebro organizador del plan de apoderarse de los diamantes que se transportaban a Holanda. Para ello tuvo que lograr la complicidad de Clerici, el cual se encargó de que el avión se estrellase. Clerici debió de apoderarse de los diamantes y tirarse en paracaídas. Luego de esconderlos y mientras se dirigía a Juba, pensó que él lo había hecho todo. Nadie se había expuesto más que él y, por tanto, siendo el único que conocía el escondite, debía ser también el único en disfrutar de aquella riqueza. Se le ocurrió que podía demorar, hasta cuando le conviniera, la entrega del mapa a Richl, basándose en que, si los diamantes eran lanzados al mercado demasiado pronto, se exponían a ser descubiertos. Richl debió de aceptar tal excusa, Clerici fue preparando la ejecución del plan que había de convertirlo en único usufructuario del botín. Se despidió de la Compañía en que trabajaba y se largó a Constantina, donde compró un hotel para cubrir las apariencias. Probablemente no informó a Richl del cambio de domicilio.

—Desde luego —convino Cameron—. Nosotros nos enteramos porque teníamos un hombre que seguía sus movimientos. ¿Y su relación con Monti?

—Ese Monti cayó casualmente por el hotel de Clerici. Habían sido buenos amigos, y el expiloto pensaría que necesitaba un colaborador no muy exigente para la carga que se había echado sobre los hombros. Monti era el hombre ideal. Se conformaría con lo que él le diese, ya que venía a ser como un regalo. Así, las cosas, Clerici decidió ir por los diamantes. Usted se unió a ellos y tuvieron que hacer un alto en El Cairo para desembarazarse de su compañía. Clerici pensó que, separándose de Monti, usted habría de optar por uno de ellos, siendo más fácil para el que fuese el elegido el librarse de su carga. Monti lo visitaría durante su enfermedad para ver si moría de una vez o necesitaba ayuda.

—Pero resultó que él murió antes.

—Ahí entra de nuevo en juego Richl. Este, al enterarse de que Clerici había abandonado la Compañía de Aviación, debió dedicarse rabiosamente a su búsqueda, contratando a una o varias agencias de detectives para realizar tal trabajo. Lo cierto es que dio con Clerici, quien evidentemente no cambió de nombre para tener

siempre una coartada y probar su buena fe, caso de ser descubierto por Richl. Empero, cuando esto ocurrió, Clerici y Monti habían partido con usted para El Cairo. Lo demás es fácil imaginarlo. Richl mató a los dos para saciar su venganza, apoderarse del mapa y suprimir tantos por ciento del botín. A este efecto pidió un par de cuervos a un amigo que tenía en Sicilia, cuervos que desplumó, cuando se pusieron pesados.

—¿Cuál es su plan inmediato?

—Creo que lo más importante es echar mano a Richl. Los diamantes pueden esperar.

La noche había extendido su negro manto.

Ninguno de los dos se había percatado de ello, interesados en sus mutuos relatos, hasta que el aullido de una bestia les hizo comprender lo avanzado de la hora.

—Será mejor que encendamos una hoguera y pasemos la noche aquí —sugirió Cameron—. Al amanecer continuaremos hacia el poblado nuer, y a mediodía regresaremos a Tonga...

Martin dio su conformidad y pocos minutos más tarde pegaban fuego a la leña seca que lograron reunir por los alrededores.

Se sentaron junto a la hoguera, y Cameron lanzó una carcajada diciendo:

—Podíamos haber evitado la pelea con este cambio de impresiones.

—Lo vi agachado en el extremo del puente y creí que estaba cortando las lianas.

—Solo pretendía sostenerlas. Recuérdeme que pida en el poblado cuerdas para pasar el precipicio cuando volvamos por aquí.

Comieron parte de las provisiones de las mochilas y, después de encender cigarrillos, Martin preguntó:

—¿Cómo le va con Betty?

—Ya sé que somos rivales. Trataré de triunfar en esta lucha sobre usted. Sería una buena revancha de lo de esta tarde...

—Lo ha de decidir ella, pero creo que tendrá esa satisfacción.

Los dos hombres se tendieron en el suelo y miraron las estrellas con un mismo pensamiento. Betty Rhodas.

CAPÍTULO XI

Descubrieron al primer nuer de pie, sobre una roca, observándolos.

Completamente desnudo, con la larga cabellera teñida de rojo flotando al viento, su aspecto era salvaje y amenazador.

Tenía en la mano derecha una lanza y en la otra un escudo de tamaño mediano, confeccionado con piel de cocodrilo e hipopótamo.

Martin y Cameron se detuvieron unos instantes para contemplarlo.

—No parece muy contento de vernos —comentó Audax.

—Estas tribus son reacias al contacto con los blancos. Guardan mal recuerdo de ellos.

—¿Y el color rojo de los cabellos?

—Se lo tiñen con una mezcla de orina, excrementos de vaca y ceniza vegetal. Es una costumbre adquirida.

—No estaría mal que Max Factor² lo pusiese de moda en los Estados Unidos. Tipos como Timothy Gardner batirían palmas de contento.

Acercáronse al centinela, y Cameron cambió con él unas palabras en su lengua nativa.

—Dice que su aldea está en la ladera del monte, y que nos acompañará —explicó a Audax.

—Pues que se ponga delante. No me gusta el brillo de sus ojos. Se diría que nos ve como un par de sabrosos platos.

El nuer se colocó a la vanguardia y guio a los visitantes.

Poco más tarde dieron vista a la aldea. Era original por cuanto, a diferencia de la mayoría de las tribus africanas, las chozas no estaban reunidas, sino desperdigadas por la ladera de la montaña.

Antes de llegar, apareció tras unas rocas un numeroso grupo de guerreros.

Martin y Cameron echaron instintivamente un vistazo atrás, comprobando que otro grupo de nuers les había cortado la retirada.

—¿Qué te decía, Hoyt? Creo que en las circunstancias presentes nos podemos ya tutear. Me huele a que te va a costar convencer a esa gente para que trabaje en la película... ¡Por todos los demonios! ¡Podían haber rodado los planos con los negros de Harlem!

El círculo que se había formado a su alrededor se iba

estrechando. La carne de ébano se apretaba más y más. Cada nuer era como el eslabón de una cadena herrumbrada.

—Me figuro que me aconsejarás no emplear el rifle, ¿eh, Cameron? —murmuró Martin, estudiando los rostros de los indígenas.

—No sé qué decirte. Veo algo muy raro en todo esto.

—Nada es extraño para mí desde que metí la nariz en esta maldita olla. ¿Qué esperas para soltar un discurso a estos angelitos?

Hoyt empezó a hablar con voz fuerte, pero los nuers siguieron avanzando como si estuviesen atacados de una sordera colectiva.

—¿Qué les dices, Cameron?

—Les he dado cuenta de que vengo para traerles bienestar.

—Pues se ve que te han confundido con un senador en viaje electoral. No te creen. ¿Por qué no pides hablar con el jefe de la tribu? Puede que se haya graduado en Oxford.

Hoyt soltó una carcajada.

—Celebro que no pierdas el humor, Martin. Lo vas a necesitar. Tira las armas al suelo.

—¡Ni pensarlo, amigo! Este rifle es mi padre.

—Vamos a hacer una demostración de que nuestras intenciones son pacíficas.

—¿Tú crees que estos cafres van a tener en cuenta el detalle?

—Estoy seguro de que sí —repuso Cameron, dejando caer su rifle.

Martin, tras unos instantes de vacilación, lo imitó.

En ese preciso instante los nuers se abalanzaron sobre ellos, gritando frenéticamente.

No pudieron defenderse. En un suspiro fueron reducidos a la impotencia y despojados de las pistolas. Inmediatamente, se formó una procesión que continuó hacia la aldea.

—Estabas seguro, ¿eh, Cameron? —rezongó Martin.

—Siento haberme equivocado.

—Al menos ha servido para que sepa quién es Hans Richl.

—¿Qué? —preguntó Hoyt, asombrado.

—Lo que oyes, muchacho. Acabo de tener una idea. Lo malo es que esta no la podré vender.

—No te he dicho que la Compañía Mac Dugal ha establecido una recompensa de cincuenta mil dólares para quien descubra el lugar donde se hallan los diamantes o dé una pista que lleve a detener al autor del robo.

—¿Piensas que sirve de algo ahora conocer tan exquisita noticia? Nuestro amigo Richl acaba de cerrar la trampa.

—¿Sugieres que él es el autor de esto?

—¿Lo dudas tú?

—Estas tribus son muy levantiscas. Frecuentemente producen quebraderos de cabeza a los gobernantes de Jartum. Unas veces es por la penuria económica en que se encuentran, a consecuencia de una sequía o de una enfermedad que diezma sus ganados; otras, porque pelean con los dinkas por la posesión de los abrevaderos... El caso es que se pasan la mayor parte del tiempo a la gresca.

—Si creen que somos representantes del gobierno, son capaces de asarnos vivos. Pero la causa de este recibimiento es otra.

Fueron metidos en una choza y obligados a sentarse en el suelo, donde fueron atados con las manos a la espalda. Luego los dejaron solos.

Poco después empezó a oírse el tam-tam de los tambores.

—Los productores de «Noches Africanas» darían un ojo de la cara por poder filmar esta escena real —opinó Cameron.

De pronto, por la puerta de la choza hizo aparición el ser más extraño que los dos prisioneros habían contemplado en su vida.

Era un europeo de cabellera y barba muy larga blanca. Su piel estaba aviejada, y los ojillos le brillaban como enfebrecidos. Se cubría con una taparrabos sucio y maloliente de piel de leopardo, cuya cola le colgaba por atrás, entre las piernas flacas y llenas de mugre.

Miró a los boquiabiertos prisioneros y soltó una risita que pareció el lloro de un recién nacido.

—Ajajá, muchachos —dijo en perfecto inglés, mientras se rascaba la cabeza como un desesperado—. Habéis caído en poder de mis amigos.

—¿Es usted el jefe de protocolo del reyezuelo? —inquirió Martin.

—No, compadre, no lo soy.

—Lo decía por el traje de etiqueta.

—Me han mandado para que uno de vosotros me entregue un mapa. ¿Cuál es?

Cameron miró a Audax tristemente y comentó:

—Tenías razón. Una faena de Richl.

Martin contestó al extraño personaje:

—Oiga, Matusalén, ¿no es posible que usted y yo lleguemos a un acuerdo?

—Aja jajá —rió el otro en la misma forma que antes—. Tú eres el del mapa.

Se agachó y registró al cautivo, encontrando lo que buscaba en

un cinturón de tela que Martin había adquirido en Jartum a tal efecto.

—Escuche mi proposición, papá Noel —dijo nuevamente Audax—. Le daré cinco mil dólares si vuelve a dejar ese mapa donde estaba y nos deja libres...

—Eres un pillín, muchacho —continuó carcajeándose el viejo.

—Además prometo enviarle dos barriles de D. D. T., diez kilos de jabón y veinte hojas de afeitar con portes pagados desde el primer puesto civilizado que mi amigo y yo toquemos. Qué, ¿me pongo en razón?

—Jim Abbas no puede traicionar a sus hermanos.

—¿Quién le ha dicho que es usted hermano de esos negros, Jim?

—Vivo con ellos desde hace trece años.

—¿Cómo le convencieron? ¿Ofreciéndole dos comidas, desayuno y un apartamento con vistas al monte?

—Da lo mismo estar con unos que con otros.

—¿Sí? Usted no se ha enterado de que existe una chica en los Estados Unidos que se llama Marilyn Monroe. Si estuviera al lado de ella un minuto, aborrecería a sus hermanos.

—Los nuers son de mi agrado. Para ellos la ley suprema es: «La fuerza hace el derecho».

—Qué consolador. Hablemos de otra cosa, Jim. ¿Por qué no nos visita el hombre que quiere el mapa? Me gustaría echar una parrafada con él...

Una voz dijo a espaldas de Jim:

—Soy una mujer, señor Audax.

El viejo se apartó a un lado y los prisioneros pudieron contemplar a una morena de campeonato. Ojos grandes, boca de labios rojos y frescos, pecho firme cuya belleza realzaba la fina camisa de botones, y piernas esbeltas, torneadas, de singular atractivo, que dejaban al descubierto unos pantalones cortos.

La hembra hizo una señal, y Jim Abbas salió de la choza después de entregarle el mapa.

—Supongo que usted será también una hermanita de los nuers —ironizó Martin—. Casi me quedaría con ustedes si se me permite entrar en la familia.

—Creo que no está en situación de hacer chistes. Audax —repuso la bella.

—¿En qué otro momento vienen mejor?

—Espere a sentir en su cuerpo una de las flechas envenenadas de los nuers.

—Ya siento un hormigueo por todo el cuerpo. Pero dígame, ¿por

qué se esconde él?

—¿El?

—Sí; Hans Richl, ¿o quiere que le diga el nombre con que es más comúnmente conocido?

—No está aquí.

—Comprendo, hay que cubrir las apariencias hasta el último instante.

—Yo siempre he pensado que usted era más peligroso que Jones y Hoyt juntos.

—Llega tarde su alabanza. Ya ve que me he dejado coger como un conejo. ¿Por qué fue a ver a Jones al hotel en que se hospedaba en El Cairo?

—Mantuve un romance con él para saber dónde guardaba el mapa.

—Por lo visto no le hace ascos a ningún medio por duro que parezca.

Ella se acercó a Martin y le abofeteó.

Él sonrió divertido, diciendo:

—Le pido mil perdones si he herido su susceptibilidad. ¿Puedo seguir preguntando?

—Hágalo sin desbarrar —la mujer se tocó la pistola que colgaba de su cinturón—. No vacilaré en dejar a los nuers sin su diversión.

—¿Cómo consiguió mi amigo Jones el mapa?

—Se lo quitó a Clerici.

—Y Richl eliminó a Clerici por su torpeza...

—Por su traición.

—Paparruchas. Lo hubiera matado de todas formas. En realidad, Clerici fue un ayudante involuntario del plan de Richl. Solo que se lo echó a perder la intervención de Jones...

—¿Echado a perder, dice? ¿Quién va a tener los diamantes, al fin y al cabo?

—Hay algo con lo que ustedes no han contado al parecer.

—¿De veras? ¿Qué es?

—Con nuestra muerte. Especialmente la de Hoyt. Fue nombrado para realizar una investigación sobre el asunto de los diamantes desaparecidos. Cuando se sepa en Ámsterdam lo que ha ocurrido aquí, la compañía Mac Dugal sabrá que su empleado estaba sobre la pista. ¿Qué piensan ustedes que harán? ¿Cruzarse de brazos y dedicar un discurso necrológico a la memoria de Cameron?

La mujer sonrió mostrando una dentadura perfecta, blanca como la leche.

—Me decepciona ahora, señor Audax. Si sus cadáveres son

alguna vez encontrados, lo único que se sabrá es que fueron muertos por una tribu de nuer.

—La policía visitará el poblado y veremos, entonces, lo que hace Jim Abbas.

—Ese viejo loco no podrá hablar.

Hubo un silencio. La joven y Martin se miraron fijamente.

—¿Tanto supone para ustedes ese botín, que no les importa matar en serie?

—¿Por tres millones de dólares? Soy capaz de llegar hasta ellos navegando a través de un océano de sangre.

—¿Cómo ha podido prestarles su colaboración Jim Abbas?

—Es un antiguo conocido de mi socio. Y se acabó la recepción, caballeros. Les deseo una corta agonía.

La mujer fue a volverse para salir, pero Martin la detuvo.

—Espere. Quiero pedirle algo.

—¿Qué es ello?

—Un amigo me sentenció que sería capaz de pedirle un beso a la dama que me pusiese la soga al cuello. ¿Quiere colaborar al cumplimiento de la profecía?

La hembra dio un paso hacia Audax, se agachó y puso su boca sobre la de él, clavándole de pronto los dientes en el labio inferior.

Se levantó con una sonrisa de triunfo, y Marta soltó un escupitajo de sangre, preguntando:

—¿Cómo te llamas?

—Elsa.

—Pues eres lo que me suponía, Elsa. Una alimaña con la razón extraviada.

Elsa corrió la mano a la funda y sacó la pistola.

—¡Lo voy a matar, Audax!

—Aprieta el gatillo, querida. Me harás un favor.

La mujer se quedó unos segundos en suspenso.

Martin tenía la mirada fija en el negro agujero del arma, esperando ver brotar la nubecilla que precedería en una milésima de segundo a la salida del proyectil.

Empero, Elsa se volvió y salió de la choza.

Hoyt emitió un prolongado suspiro.

—Jamás he conocido un tipo de tu sangre fría, Martin. Has conseguido ponerme la carne de gallina.

—¿Y qué crees que he sentido yo cuando me ha apuntado con la pistola?... ¡De buena me he librado!

—Lo malo es que nadie nos librará de esos salvajes.

El tam-tam era ahora acompañado por cánticos y danzas. Se

podía oír el ruido de los pies desnudos sobre el suelo.

—¿Cuándo crees que nos liquidarán? —inquirió Martin.

—A mediodía. Los nuers adoran a un gran espíritu, Guak, y a un poder Kot. El gran espíritu es señor del bien y del mal, creador del sol y de todos los fenómenos naturales. Nos matarán cuando el sol esté más alto, lo que a su entender coincide con la mayor magnificencia de Guak. Desde luego, nos enterrarán sin faltarnos un pedazo. Los nuers desconocen el canibalismo.

—¡Qué tranquilidad!

—Tampoco hacen sacrificios humanos, por lo que deduzco que han sido convencidos de que nosotros somos sus enemigos. Les habrán contado cualquier cuento. Quizá que hemos venido para hacerlos esclavos o apoderarnos de sus tierras...

Las horas transcurrieron sin que fuesen molestados. Faltaban treinta minutos para el mediodía cuando apareció un negro con el rostro pintarrajeado y llevando en las manos un lagarto de enorme tamaño.

Dijo unas palabras y paseó el reptil por la choza, entonando con voz ronca un extraño sonsonete. Después se marchó por dónde había venido.

—¿Quién es? —preguntó Martin a su compañero—. ¿El Bing Crosby de la tribu?

—El hechicero.

—¿Y el lagarto?

—El tótem del clan.

—Ya entiendo. Como la herradura de la suerte entre nosotros.

En ese instante llegó una voz por detrás de la Cabaña que cantaba por lo bajo:

—«Tu suegra dejaste al venir. ¡Es igual...!»

—¡Tom! —exclamó Audax, sonriente.

—¡Es una locura! —dijo Cameron—. ¡Lo van a coger a él también...!

—Trabajo les va a costar. Tom tiene concentrada en cada brazo la fuerza de una coz.

Pasaron otros diez minutos.

De súbito oyeron un golpe al que sucedió el ruido característico de un cuerpo al desplomarse.

Tom Ranglán entró en la choza.

—¡Date prisa, muchacho! —le apremió Martin—. ¡Están por llegar...!

Ranglán cortó con un cuchillo las ligaduras que los maniataban. Luego explicó:

—Esos malditos negros nos han tapado la salida hacia Tonga. Tendremos que dar un rodeo.

Salieron agachados, y como la vivienda era circular, ganaron enseguida la parte trasera, encomendándose a Dios para no ser vistos.

Se enderezaron y echaron a correr como antílopes por la ladera del monte, en dirección opuesta a la de Tonga.

A los cinco minutos llegaron jadeantes al lindero de una llanura de hierba alta.

Entonces llegó a sus oídos un clamor lejano.

—¡Han descubierto nuestra fuga! —exclamó Cameron—. No tardarán en cazarnos. Ellos están mejor entrenados que nosotros...

—También tenemos piernas —repuso Audax.

—Y una pistola —añadió Tom, mostrando la que tenía—. Cógela tú, Martin. Tiras mejor que yo.

Reemprendieron la carrera, que se hizo ahora dificultosa por el continuo roce de la hierba y el viento que tenían de cara. Poco a poco aumentaba el griterío de los nuers.

—¡Eh, mirad esto! —indicó Cameron, deteniéndose.

Lo que había interrumpido su marcha era el cadáver de Jim Abbas. Elsa había cumplido su palabra de que no llegaría a hablar. Le había pegado un tiro en la cabeza.

—Bueno, no podemos hacer nada por él —sugirió Tom—. ¡Larguémonos!

Minuto a minuto, los indígenas iban acortando la distancia que los separaba de sus perseguidos.

—¡No puedo más! —exclamó Hoyt entre jadeos—. Es mejor que me dejéis y continuéis vosotros...

Martin volvió la cabeza y vio a dos docenas de nuers un cuarto de milla más allá, corriendo a una velocidad vertiginosa.

—Muchachos —declaró—, ha llegado el momento.

—¿De qué? —rezongó Ranglán.

Martin apuntó al suelo con la pistola y disparó.

Instantáneamente brotó una llama a ras del suelo que prendió en las hierbas secas. El fuego se propagó ayudado por el viento, avanzando hacia los nuers.

—¡Que me ahorquen! —gritó, jubilosamente. Ranglán—. ¡Había olvidado que eres Vendedor de Ideas!

Vieron a través del pavoroso incendio que los indígenas volvían grupas, lanzando gritos de temor.

—Vámonos deprisa —dijo Martin—. El viento puede cambiar...

—¡Es cierto! —gimió Tom—. ¿Qué estamos esperando?

Los tres fugitivos se pusieron a andar con paso presuroso, alejándose de la gigantesca hoguera.



Vio que el puente se iba al fondo y dio un gran salto.

CAPÍTULO XII

Betty Rhodas se levantó de la litera en que había estado durmiendo durante las últimas horas. Tuvo la sensación de que el yate se movía. Vistióse con rapidez y subió a cubierta. Efectivamente, la embarcación seguía ahora el curso natural de las aguas del Nilo Blanco.

Frunciendo el ceño, vio en la popa a Charles Addinsell, el productor, y fue a su encuentro.

—Señor Addinsell, no comprendo lo que ocurre. ¿No íbamos a permanecer dos días en Tonga para sacar los planos de esos negros?

—Así era, pero nos hemos visto obligados a cambiar de opinión.

—¿Por qué?

Addinsell señaló el encapotado cielo y explicó:

—Empezó a nublarse de pronto y nos dijeron que dentro de un rato empezarán a caer toneladas de agua. Cuando en este país llueve nadie sabe cuándo acaba. Usted es una profesional del cine y conoce el significado de eso. Huelga de brazos caídos hasta que vuelva a salir el sol.

—¿Y Hoyt y Audax? Se marcharon ayer y aún no habían vuelto cuando bajé a mi camarote.

—Pues no han regresado.

El asombro de la joven fue en aumento.

—¿Y nos vamos sin ellos?

—Hemos esperado cuanto hemos podido.

—Les habrá ocurrido algo grave.

—No se preocupe. Estas tribus africanas son muy dadas a agasajar a sus visitantes. Seguro que los han recibido como a príncipes, y ellos no se han dado mucha prisa en volver. De todas formas, hemos dejado aviso en Tonga para que nos sigan en cualquier piragua. Los esperaremos en Kodok, donde estaremos rodando algunos planos de Margo y Timothy.

Betty se sintió más tranquilizada. Fue a marcharse, pero Addinsell la retuvo asiéndola de un brazo.

—Señorita Rhodas...

—¿Qué desea, señor Addinsell?

—Oh, llámeme Charles —sonrió el productor—. No soy tan viejo. Pero contésteme a una pregunta. ¿Cómo no trabaja usted en el cine?

—Ya lo hago.

—Sí, claro, pero me refería a la pantalla, a ser actriz.

—Hice un curso de Arte Dramático en la Universidad, pero francamente, el día que salí a escena a representar una obra en serio, mi trabajo fue detestable. Prometí no reincidir.

—Bueno, aquello no significa nada. Ya sabe que otras tampoco han tenido la menor idea sobre interpretación en sus comienzos, y luego han ido aprendiendo. Todo es cuestión de proponérselo.

—Reconozco carezco de condiciones para ser actriz.

—Es demasiado modesta. Tiene lo principal —los ojos de Addinsell parecieron querer desnudar a Betty—. ¿Por qué no lo intenta? Estoy dispuesto a prestarle mi ayuda.

—Se lo agradezco, pero...

—No, no conteste ahora. Comprendo que es una decisión muy trascendental para que la adopte de un golpe. Piénselo y ya me responderá esta noche. ¿De acuerdo?

Addinsell sonrió, mientras palmeaba la mano de la muchacha.

Betty cenó aquella noche al lado de Marshall, el jefe del vestuario. Después del primer plato, Marshall carraspeó llamando la atención de la joven y dijo:

—He de notificarte algo importante, Betty.

—¿Qué es ello?

—Dentro de poco tendré verdaderas montañas de dinero.

—¿Has heredado?

—Como si lo fuese. No puedo comunicártelo ahora. No es que no me fíe de ti, Betty. Hay otra persona interesada en el asunto y he de partir los beneficios entre los dos.

—No tienes que darme tantas explicaciones, John.

—Lo prefiero así. Tú y yo hemos trabajado juntos en muchos films.

—En cinco para ser exactos.

—Creo que hemos llegado a conocernos bien. Siempre recordaré aquella noche en que nos divertimos tanto en Johannesburgo.

—Yo tengo mala memoria para las ciudades. Me acuerdo mejor del título de la película que rodamos en Sudamérica. «El diamante de la condesa». Fue hace dos años.

—Allí comprendí que podía esperar algo más de la vida. Hasta entonces había sido un cobarde, Betty...

—¡No, John!

—Sí, te lo juro. Tenía miedo de todo. No tuve una niñez fácil. Mi madre murió al yo nacer y mi padre, quizá esté mal decirlo, no salía del bar... Me pegaba por el más leve motivo. Así crecí atemorizado,

creyendo ver en cada persona una fiera que me acechaba.

—Pero tendrías amigos.

—Ninguno. Huía de cuantos pretendían acercarse a mí. Luego he comprendido que yo también fui culpable de mi aislamiento. Era como uno de esos moluscos que, solo al acercarles el dedo, se cierran herméticamente.

—No sabía nada de eso —murmuró la joven con voz apenada.

—Ya todo ha pasado —sonrió Marshall—. Ahora las cosas van a cambiar. No tendré que soportar las órdenes de Byron, de Addinsell o de cualquier otro...

—Estás tentando mi curiosidad, John...

El camarero sirvió el segundo plato de la cena, y volvieron a guardar silencio.

A los postres, Addinsell acudió al lado de Betty.

—¿Se acuerda de nuestra cita? —preguntó.

Marshall dirigió una furibunda mirada al productor cuando la joven se levantó.

—No he visto al señor Ranglán —dijo ella—. ¿Acaso se encuentra enfermo en su camarote?

—Se quedó en Tonga para esperar a Audax y Hoyt —explicó Addinsell.

Subieron a cubierta. El yate continuaba devorando nudos por el río. Corriente arriba, el firmamento se veía iluminado de vez en cuando por los relámpagos.

—Está descargando la tormenta anunciada —observó el productor, sacando una pitillera—. Menos mal que acertamos a escapar.

Betty aceptó un cigarrillo y encendieron, acodándose a continuación en la barandilla.

—¿Sabe por qué estoy aquí? —preguntó Addinsell tras un largo silencio.

—Usted es el productor de la película. Es lógico que vigile la inversión de su dinero.

—Ese no es el motivo. Me importa un rábano la inspección de cómo se invierte mi dinero. Tengo mucho y pienso tener bastante más. Actualmente me ocupo en un negocio que me reportará el capital necesario para rodar la más cara superproducción en Cinemascope, por hablarle en términos cinematográficos...

—Celebraré su éxito.

—La causa es usted, Betty.

La muchacha lo miró sorprendida.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Oh, ya comprendo. No tenía en cuenta ahora su proposición de convertirme en actriz. Pero lamento reiterarle mi negativa. Me encuentro muy a gusto donde estoy...

—Me porté como un estúpido esta tarde, Betty. Debí comprender que usted no es como las demás, que no se encandilaría con la oferta de convertirla en la estrella más envidiada de la constelación de Hollywood. Por ello le pido perdón y le digo: ¿Quiere ser mi esposa, Betty?

El cigarrillo resbaló de entre los dedos de la secretaria y cayó al agua dejando una estela de chispas.

—Señor Addinsell...

—Déjeme que se lo cuente todo. La primera vez que la vi en casa de Byron, con motivo del *cocktail* que ofreció a los que habían de colaborar con él en «Noches Africanas», tuve la impresión de que usted era una «starlet» a la caza de un papel. La vi resplandeciente, hermosa, provocativa... Aún recuerdo su vestido de noche color rojo, escotado, sus hombros desnudos...

—Va a conseguir que me ruborice.

—La primera sorpresa la recibí cuando me dijeron que era la secretaria de Frank. A partir de aquel momento mis ojos no se apartaron de usted. ¿Recuerda? Yo la acompañé a su casa. Aquella noche no pude dormir. Al día siguiente fui a despedirles al aeropuerto. ¿Y sabe por qué? Porque quería verla a la luz del sol, de día. La sonrisa que me dedico al subir al avión fue un impacto en mi alma, en mi corazón. Traté de olvidarla, de convencerme de que se trataba de una sugestión pasajera, pero fue inútil, fracasé. Entonces decidí enfrentarme con la realidad y venir con ustedes. Los días que llevo transcurridos a su lado han sido los más felices de mi vida...

—No sabe cuánto me honra oírle hablar de esa forma, pero...

—Aún no he acabado, Betty. Le he dicho que quería contarle todo. En mi vida hay una mujer, una mujer a la que debo en gran parte la cosecha que voy a recoger ahora, que me ha infundido ánimos cuando los he necesitado y consuelo cuando he tenido que enfrentarme con la adversidad. Quiero abandonarla por usted...

—¡No puede hacer eso!

—No se preocupe por la suerte de ella. Le daré la mitad de cuanto poseo. Con lo otro, con mi parte, usted podrá vivir como una reina el resto de su vida... No ha de faltarle nada, la rodearé de cuantos lujos desee, joyas, pieles...

—Por favor, señor Addinsell —gimió, más que pidió Betty.

Hubo una pausa.

El productor arrojó la colilla del cigarrillo al río.

—No hace falta que conteste —dijo con voz ronca—. Ya sé que me rechaza. ¿Por qué?

—Usted es muy amable, pero existe una diferencia de edad, apenas le conozco...

—Está enamorada de otro. Esa es la razón.

Betty dobló la cabeza, sollozando.

—¿Quién es él? —siguió preguntando Addinsell—. ¿Marshall?

—No.

—¿Cameron?

—No.

—¡Oh, ya entiendo! Es ese aventurero: Martin Audax. ¿Se da cuenta de la clase de hombre qué es?

—Creo que sí.

—No; está equivocada. Yo he tenido oportunidad de conocer a tipos como él. No tendría una vida fácil con Audax si se casasen. Es un hombre de barracón de feria. Va detrás del centavo. No persigue el dólar. A veces nadará en la abundancia y otras tendrá que conformarse con cenar un «perro caliente». ¿Piensa que un hombre así puede ser el padre de sus hijos? ¿Qué futuro puede ofrecerle? Vendedor de Ideas. ¿Hay algo más absurdo? ¿Qué profesión es esa? Deje que sea yo y no él quien la llave al altar...

—Señor Addinsell, Audax no me ha pedido que me case con él...

—Ni lo hará nunca.

Las palabras del productor sonaron ominosamente en los oídos de Betty.

—¿Por qué dice eso?

Addinsell se humedeció los labios y carraspeó como si no encontrase las palabras justas para expresar su pensamiento.

—Audax sabe que necesita ser libre para vivir. Casado perdería la seguridad en sí mismo, se transformaría en un hombre vulgar.

En ese instante Frank Byron se acercó a ellos, preguntando:

—¿Molesto?

—No —repuso Addinsell—. Ya hemos terminado.

—En ese caso, ¿quiere venir a mi camarote, Betty? Desearía repasar con usted lo referente a los planos que tomaremos mañana. ¿Viene, Charles?

—No, gracias, Prefiero irme a dormir.

Se desearon buenas noches, y Addinsell quedó mirando a Betty, hasta que desapareció.

CAPÍTULO XIII

¿Cuántos hombres habían muerto por aquellos diamantes que él estaba desencerrando ahora? ¿Diez? ¿Doce? No importaba el número. Volvería a matar veinte, treinta veces si fuese necesario, si alguien intentase arrebatarlos.

Cavaba la tierra con el pico bajo un sol de fuego. De vez en cuando tenía que interrumpir el trabajo para secarse el sudor con el pañuelo y llenar de oxígeno los pulmones.

No podía estar muy hondo ya el maletín de cuero. De un momento a otro la punta de acero tropezaría con él.

¡Qué estúpidos habían sido todos al querer interponerse en su camino! ¡Hasta Clerici había intentado engañarlo! Pero le había costado la vida, como a los otros.

¿Y Audax? No había escuchado sus advertencias, y allí estaba el resultado. A aquellas horas el entrometido Vendedor de Ideas estaría atravesado por docenas de flechas y lanzas. Y Hoyt también. ¡Hasta aquel perro de San Bernardo que era Tom Ranglán!

Al fin y al cabo, tenían su merecido. Eran seres inferiores, sin ambición. Se conformaban con lo que el Destino les había deparado.

Él era distinto a los demás. Por ello le correspondía la mejor parte del festín. ¡Tres millones de dólares en diamantes!

Siguió cavando con energía, deseoso de dar con el botín, y de pronto notó que el pico chocaba con algo que no era tierra.

Hincó tres veces más el pico en la tierra, y al ver el maletín arrojó aquel y se agachó escarbando con las manos.

Poco a poco, el maletín fue apareciendo. Lo cogió por el asa y tiró con fuerza hacia arriba. Al sacarlo, lanzó una exclamación de triunfo.

Se sentó en el montón de tierra extraída y, con manos nerviosas, abrió el receptáculo.

Sus ojos se fueron agrandando paulatinamente, mientras contemplaban los hermosos diamantes que había en el fondo.

¡Todos eran de él! ¡No tenía que repartir con nadie! ¡Suyos! ¡Absolutamente suyos!

De súbito oyó una voz a su espalda:

—¿Qué tal está, señor Byron?

Se volvió como una exhalación, descubriendo, estupefacto, que

quien le interrogaba era Martin Audax.

—¡Audax! Lo creía en Tonga. ¿Cuándo ha llegado?

Byron se puso en pie, colocándose el maletín bajo el brazo.

—Hace un rato. ¿Le sorprende?

—De ninguna forma. Les dejamos aviso de que viniesen aquí.

—Pero usted dio otro aviso...

—¿Otro aviso?

—¿Es que no lo recuerda? A los nuers.

—No salí del yate en Tonga.

—Para eso tuvo a Elsa. Es infantil que lo niegue, Byron. ¿O prefiere que lo llame Hans Richl? Por cierto, que debe orar por las almas de Bucht y Joe. Supieron engañarme muy bien en Omdurmán. Si no hubiera sido por su falsa pista, habría dado antes con usted. Se inventaron una bonita historia de alemanes de las S. S. y lo bautizaron con el nombre de Hans Richl, dándome la descripción de Hoyt.

—Está desbarrando, Audax. Se le ha metido el sol en la cabeza. Eso es corriente en este país, cuando no se tiene la precaución de ponerse el salacot...

—¡Y un cuerno!... Me iba algo por el magín en El Cairo, pero no conseguí dar con lo que era. Luego se dieron las coincidencias de Cameron, y él fue mi sospechoso. Pero cuando Cameron me contó la verdad, deduje que era usted el asesino y ladrón que buscábamos.

—No diga tonterías. ¿De qué forma?

—Usted sabía que yo vigilaba a Hoyt. Alimentó esa sospecha con sus fracasados intentos de asesinato en el yate. Luego lo envió a la aldea de los nuers, porque usted sabía que yo iría con él o lo seguiría. De esa manera usted quedaba libre para desenterrar los diamantes en el lugar del mapa que falsifiqué...

—¡Maldito! —rezongó Byron.

—¿Se molesta porque le relate sus miserias?

—No me hizo falta ir al sitio donde usted indicaba. Me enteré en el mismo Tonga que no había ningún monte seis millas al Sudeste...

—Y entonces empleó a Elsa, su amante, que había acudido a su lado, para estar presente en el gran momento de recoger el botín.

—¡Sí! —exclamó Byron con los ojos enrojecidos por la creciente ira que le invadía—. Envié a Elsa con un indígena dinka al poblado de los nuers.

—Tiraron por distinto camino, porque de lo contrario nos hubieran cogido antes de llegar.

—¡El dinka conocía un atajo! Con los nuers estaba Jim Abbas, un amigo...

—No se portó muy bien con él, después del favor que le hizo. ¿Qué les dijo a los negros para que se arrojasen sobre nosotros como lobos hambrientos?

—Que iban a llevarse a los jóvenes útiles para enrolos en el Ejército del Sudán.

—Lo cierto es que al caer prisioneros de los nuers supe que era usted el asesino de Jonah Jones y tantos otros. Por si fuera poco, en la choza tuve tiempo para pensar, y recordé lo que me había cruzado la mente en El Cairo. Usted fue el director de «El diamante de la condesa». No estoy muy al corriente de los chismes cinematográficos, pero apuesto doble contra sencillo a que esa cinta la rodó en el Transvaal...

—Así fue.

—Entonces fue cuando tuvo oportunidad de conocer cómo se transportaban los diamantes. Durante algunas semanas, mientras duró el rodaje del film, usted se obsesionó con las piedras preciosas. Debió hasta quitarle el sueño. Empezó a pensar en la forma de conseguir tal riqueza, hasta que dio con la fórmula del supuesto accidente de aviación. Es increíble que usted haya cometido tantos crímenes por un montón de pedruscos. Gozaba de un buen sueldo como director de cine, aunque comprendo que el Fisco se le llevará un buen bocado.

—Los que estamos metidos en el negocio de la pantalla andamos más bien cortos de dinero. Vivimos de las apariencias, y el tren de vida es exageradamente alto. ¡Sí, es cierto!... ¡Yo preparé el plan! ¡Eran tres millones!... ¿Qué hombre hay que no le guste vivir bien con dinero ganado fácilmente?...

—Tendrá que pagar su deuda a la justicia.

—¡No, Audax! ¿Es que no se da cuenta?

—¿De qué?

—Son tres millones. ¡Millón y medio para cada uno!

Martin hizo un gesto de repulsión.

—Le recuerdo que asesinó a mi amigo Jonah Jones...

—¡Dos millones para usted!...

—¡Cállese o no respondo de lo que haga! ¿Piensa que solo existe el dinero?

—¿Qué va a hacer?

—Hoyt lo entregará a las autoridades egipcias por lo de Jones, y comunicaremos su detención a las policías de los distintos países donde usted ha asesinado. Por cierto, eligió a Hoyt como intérprete para tenerlo cerca y eliminarlo si progresaba en su investigación.

—Y a usted lo rechacé porque no sabía todavía quién era Martin

Audax. De lo contrario, lo hubiera admitido para matarlo antes de salir de El Cairo —Byron hizo una pausa y añadió—: De acuerdo. Usted gana. Me entregaré.

Echó a andar hacia Martin y, de pronto, cuando se hallaba a unas cinco yardas, le tiró el maletín y empezó a sacar la pistola.

Martin lo vigilaba atentamente y esquivó el proyectil arrojándose a tierra, y sacando el arma que le había entregado Tom.

Sonó un estampido.

Byron recibió la bala en el estómago y se estremeció, mirando a Audax con ojos desorbitados.

Reinó un silencio.

El asesino dio un traspié y se desplomó boca abajo.

El joven acudió a su lado y le dio la vuelta. Todavía vivía.

—Audax... un favor...

—¿Qué quieres?

—Elsa... se fue a El Cairo... No tuvo nada que ver con los diamantes... Solo intervino... en lo de usted y Hoyt... Al italiano y su amigo también los maté yo.

—No dijo ella eso, ni me parece una mujer recomendable, pero no se preocupe por ella en lo que a mí atañe. No acostumbro a acusar a las damas...

—Gra... gracias...

Frank Byron expiró.

Martin oyó ruido de pasos tras sí, y se incorporó viendo venir a Tom, Cameron y Betty Rhodas.

Cogió el maletín que contenía los diamantes y se lo entregó a Hoyt cuando llegó cerca de él, diciéndole:

—Agradecido por haberme dejado a solas con él. Había hecho una promesa.

—Es lo menos que podía hacer yo por ti —repuso Cameron—. Hay cincuenta mil dólares que te pertenecen.

—Son tuyos.

—¡Ni pensarlo! ¿Qué os parece esta solución? Hagamos tres partes. Tom también nos salvó la vida con los nuers.

—Moción aceptada —sonrió Martin.

—¡Estupendo, muchachos! —exclamó Ranglán.

Betty estaba allí sin pronunciar palabra, mirando al hombre que amaba y de quien no había recibido siquiera un saludo.

—Bueno —dijo el Vendedor de Ideas—, ¿queréis ocuparos del cadáver? Yo me voy a tirar un día durmiendo. Hasta luego.

—Ah, Martin —dijo Hoyt, mirando de soslayo a Betty—: También ganas.

Audax levantó la mano y se separó del grupo a grandes zancadas.

Betty hizo un mohín de disgusto y salió corriendo tras él.

—Estoy enterada de todo. Tom me lo ha contado.

—¿Sí? —dijo él, sin detener la marcha.

Cruzaban el monte, y la muchacha tenía que hacer verdaderos esfuerzos por mantenerse a la altura de Audax sorteando las piedras.

—Creo que me equivoqué respecto a ti, Martin.

—¿De veras?

—¿Qué piensas hacer con tu parte en la recompensa?

—Ya veremos. Nunca hago planes para el futuro. Lo dijiste tú.

—No seas mordaz. ¿No me he humillado bastante reconociendo mi error? Se me ocurre una idea sobre la inversión de ese dinero.

—Yo vendo ideas, no las compro...

—¡Pero si esta es gratuita, Martin!.... ¡Oh! ¿Quieres dejar de correr?

Martin se detuvo y la miró.

—Venga, suéltala.

—Casémonos, Martin.

—¿Casarnos? ¿Para qué?

—La gente se casa. Te advierto que hace un rato he rechazado una proposición de matrimonio.

—¿Quién era el primo?

—John Marshall, el del vestuario. Escribió hace tiempo un guion en colaboración con una amiga y acaba de recibir una carta confirmando la presunción que ella le comunicó anteriormente sobre su aceptación.

—¿Y dices que lo has rechazado?

—Y también a Addinsell.

—¡Demonios! ¡Pues la has armado buena en mi ausencia!

—A propósito; también recogí una carta para ti cuando pasamos por Malakal.

—¿Una carta para mí? ¿De quién?

—De un tal Koster —contestó Betty, sacando una carta doblada del bolsillo de la camisa—. La reexpidieron de El Cairo y lleva una semana rodando.

Martin la cogió, rasgó el sobre y sacó su contenido. La misiva decía así:

«Querido señor Martin:

»Dos días después de nuestra entrevista en El Cairo, que

ruego olvide, el Emir nos comunicó telefónicamente la falsedad de la noticia dada por el «Star» sobre el arrendamiento de sus terrenos a nuestros rivales, y me invitó a que lo visitase para ultimar el correspondiente contrato con nuestra firma. Así lo hice y en el transcurso del acto me pude dar cuenta, por el respeto con que el príncipe citaba su nombre, de que nuestro éxito lo debíamos a usted y sus ideas.

«Sirva, pues, esta para rogarle me perdone y dé notificación de que en nuestra sucursal de El Cairo le harán entrega de los cinco mil dólares, último resto de sus honorarios, y de veinte mil más en concepto de gratificación por sus valiosos y leales servicios».

Estaba firmada por Paul Koster.

—¿Buenas noticias? —inquirió Betty.

—Más dinero.

—¡Magnífico! ¿Qué contestas a mi proposición?

Martin se rascó el cogote un rato, y terminó por decir:

—No tengo más remedio que claudicar. Ardo en deseos de conocer tus postizos.

Betty hizo una mueca y exclamó:

—¿Postizos yo?... ¡A la vista está! ¿Es que no tienes ojos en la cara?

—Sí, ricura... ¡y también manos!

Martin tiró de la joven y la estrechó entre sus brazos, besándola fuertemente en la boca.

F I N

Entre todos los hombres de carácter duro y esforzado que se habían internado en el Africa tenebrosa, sólo uno pudo llamarse con razón

El vencedor de la selva
Sorteando todos los peligros, triunfando de todas las traiciones, llega a la meta que se había fijado.



EL VENCEDOR DE LA SELVA

Este es también el título que a su nueva y apasionante novela ha dado el popular escritor

Rogers Kirby

relatando en ella cómo el valor de un hombre vence todas las dificultades, incluso la más espinosa que a un desengañado en amor puede presentarse: convertir el desdén de una mujer en fogosa pasión

EL VENCEDOR DE LA SELVA

Un título que usted recordará con placer y que la formidable

COLECCION CONGO

le ofrecerá la próxima semana.

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

416 — J. León
PAZ EN EL CONDADO

COLECCION "BUFALO"

113 — Donald Curtis
FRONTERA

COLECCION "CONGO"

7 — Keith Luger
TRAGICO BOTIN

COLECCION "PANTERA"

50 — Peter Debry
BAJO LA CRUZ DEL SUR

COL. "SERVICIO SECRETO"

280 — Alar Benet
ASESINATO SIN ASESINO

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"
SOPAS Y SALSAS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

475 — Carlos de Santander
EL PRECIO DE LA GLORIA

COLEC. "MADREPERLA"

371 — G. Colomer
TRES CARTAS

COLECCION "ROSAURA"

315 — Vile Martín
LA VIDA VUELVE A COMENZAR

COLECCION "AMAPOLA"

201 — Luis Masota
MI NOVIO, EL AMERICANO

COLECCION "ALONDRA"

154 — María Teresa Sesé
ORGULLO

COLECCION "CAMELIA"

95 — María Morgan
CAMINO DE SOMBRAS

COLECCION "ORQUIDEA"

María de las Nieves Grajales
HEROINA EN AMOR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Freyer, 2 - Barcelona Hipólito Irigoyen, 245 - Buenos Aires

**¡UN MENSAJE DIRIGIDO A LOS AFICIONADOS
AL FUTBOL!**



En más de una ocasión usted habrá visto u oído jugadas como esta: "¡Recoge la pelota el extremo izquierdo constituido en eventual delantero centro, avanza sorteando a dos contrarios, pasa con la pierna izquierda al interior y éste desde la posición teórica del medio centro, lanza un potente chut... que pasa rozando el larguero!..."

Pero, ¿tiene usted exacta idea de los términos empleados? ¿Conoce las tácticas defensivas y ofensivas de este juego? ¿Sabe usted la historia y sucesos importantes de este deporte?

EL FUTBOL

¡Es el volumen que usted precisa!

En él hallará todas las reglas técnicas y tácticas del deporte rey, así como amplísima información sobre todo lo relacionado con él.

EL FUTBOL

Recuerde este título y pídalo a su proveedor habitual.

Es un volumen de la famosa

COLECCION PRACTICA

Precio de venta: 5 pts.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA





*¡Acción, intriga, amor,
violencia...!*

*Estas son algunas de las
características que con-
curren en el nuevo cua-
derno de la soberbia
serie*

BISONTE GRAFICO

Usted, amable lector, vivirá las más impresionantes y espectaculares aventuras del Oeste a través de esta excepcional colección, cuyo número 22, le ofrece:

II CUATREROS II

Emocionante aventura de hombres reclamados por la justicia y perseguidos a través de varios Estados.

Un apasionante episodio de la serie "EL CAPITAN O'DARE" y la sección de alto valor documental

A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-AMERICA

Un magnífico cuaderno con portadas a todo color, sólo cuesta 1'25 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

UNITED ARTISTS
C. B. FILMS

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

TRES FIRMAS DE PRESTIGIO, UNIDAS

para ofrecer al público, una obra maestra en sus
versiones literaria y cinematográfica

NO SERAS UN EXTRAÑO

La novela que ha batido el record de ventas en
Estados Unidos, el pasado año y la película más
admirada de los últimos tiempos.

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra maestra de

MORTON THOMPSON

es un girón de la vida misma, reflejado con el
más completo y asombroso verismo.



LUCAS Y KRISTINA

son su pareja protago-
nista. Un matrimonio
unido en la profesión y
distanciado en sus sen-
timientos, para quienes
la felicidad era
desconocida

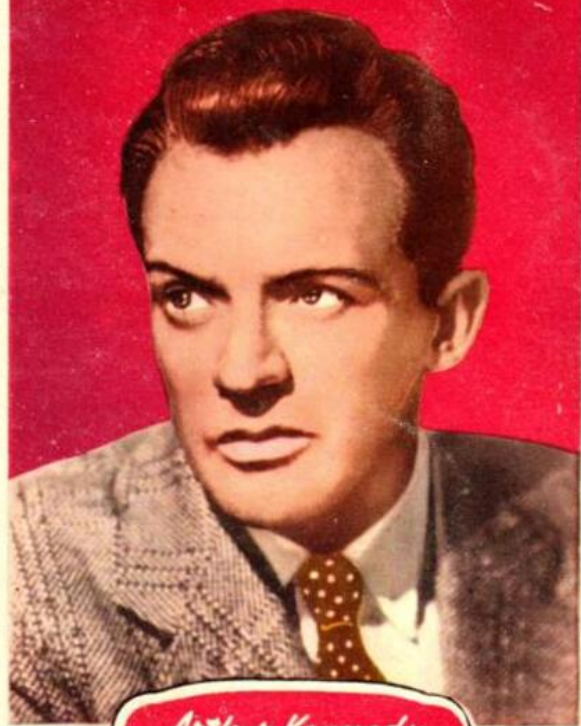


NO SERAS UN EXTRAÑO

¡Una novela que nadie puede dejar de leer!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

LLUVIA DE ESTRELLAS



Arthur Kennedy

N.º 180

A los 35 años, Kennedy interpretó su mejor película, "Nuevo amanecer", a pesar de que llevaba varios años en el cine. Su nombre ha figurado en varios films, entre ellos "Horizontes lejanos" y "El ídolo de barro".

Foto UNIVERSAL-INTERNACIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 — ptas

Printed in Spain

Precio en la Rep. Argentina: 3'50

Notas

[←1]

Famosa cronista de la Meca del cine. (Nota del Editor.)

[←2]

Célebre maquillador de Hollywood.